

IV.

Congelado el arroyuelo
 Detiene su curso breve,
 Y estéril el blanco suelo,
 Retratar parece el cielo
 La palidez de la nieve.

Ruge el cierzo asolador,
 Y los pájaros cantores

Se esconden con su dolor:
 ¡No hay en el campo una flor
 Ni avistan los ruiseñores!

De tanta felicidad
 Sólo queda el frío eterno;
 La espantosa realidad.
 ¡El año tiene su *Invierno*,
 Y el hombre su ancianidad!

JOSÉ JACKSON VEYÁS.



TE, CAFÉ, OPIO Y TABACO.

I.

LE aquí cuatro sustancias cuyo consumo se halla difundido por todo el globo y produce á la industria y el comercio tal cantidad de millones, que nadie puede con exactitud calcularla. Baste decir que desde el mísero jornalero al opulento capitalista las conocen, compran y gastan diariamente, siendo mayor ó menor la afición á unas ú otras según los climas y las costumbres. Por ejemplo: en Europa, Africa y América apenas el opio tiene aficionados; pero éstos abundan en Asia y Oceanía: los del te en China, en los Estados Unidos, Inglaterra, Austria y Alemania; los del café y tabaco, en todas partes.

Originario es el te de la China, y singularmente de la provincia de Fou-Kien, donde se produce con más abundancia y con mayor esmero se cultiva. También lo dan las provincias de Kiang-Nan, Kiang-Si y Che-Kiang, donde son numerosas sus variedades. Entre ellas merecen señalarse el te verde, cuyas hojas no fermentadas las secan rápidamente al fuego; el te negro, de hojas fermentadas y secadas al fuego con suma lentitud; el te imperial, que es el más estimado y cuyo consumo se reserva para la familia soberana y principales dignatarios de la nación; de suerte que nunca llega á Europa. El que se anuncia aquí con tal nombre no es legítimo, sino falsificado con más ó menos destreza. De estos dos géneros fundamentales, te verde y te negro, proceden las demás variedades, que son ocho según unos, y trece según otros, y en cuyo producto influyen la naturaleza de los terrenos, los diversos métodos de cultivo y tiempos de recolección y la manera de preparar y desecar las hojas. Por los varios modos de moldearlas y presentarlas á la venta, la industria nos muestra el te en granos, en hierbas, trenzado y prensado en tabletas muy parecidas á nuestras libras de chocolate.

Así lo usan calmuco y tártaros y muchos pueblos del Asia central. Lo cocen con agua hirviendo, leche, harina, sal y manteca, y resulta un alimento sano y nutritivo. Cuando carecen de te emplean en su lugar otros vegetales. En varias naciones también existen diversas plantas equivalentes al te, como el *mate* paraguayo y la *coca* del Perú, los cuales, hervidos en infusión de agua caliente, se sirven y toman de igual manera.

La acción fisiológica del te, del mate y de la coca son muy semejantes, pues tales bebidas son diuréticas, y su abuso desvela, adelgaza y aun da margen á padecimientos de los riñones, sobre todo en individuos nerviosos, enjutos y habitantes de países cálidos. Los japoneses y holandeses emplean el te para corregir el mal sabor de algunas aguas potables,

mezclándolo con ellas en varia proporción, según la calidad y cantidad del agua que por este medio trata de modificarse.

Es la planta del te un arbusto que en China, su país natal, llega próximamente á dos metros de altura; pues cuando pasa de este límite su fruto (que con las hojas) pierde en rabor y mérito, por lo cual se le arrancan los mejores vástagos para trasplantarlos y producir nuevos y más tiernos arbustos. El terrero más conveniente y propio para el medro y lezania de tales plantas es la pendiente de ribazos ó collados fronteros al mediodía, cerca de las aguas y algo húmedos. Aunque también suelen regarse á mano, son muy deseadas por los cultivadores las ligeras lluvias de primavera y principios del estío, como singularmente provechosas, hasta lograrse en algunas comarcas cuatro cosechas al año, cuyas recolecciones se verifican á fin de Febrero ó entrada de Marzo, á fines de Abril, á fines de Mayo ó primera semana de Junio, y la última, que es la más productiva y abundante, suele hacerse durante la segunda quincena de Octubre.

De la China pasó á la India el cultivo de esta planta, corriendo un tiempo dilatadísimo antes de que en Europa fuese conocida, pues no llegó aquí hasta mediado el siglo XVII. Pero su uso tardó todavía no poco en propagarse, mirándose al principio como una curiosa novedad sin la menor importancia. Los holandeses, por sus antiguas relaciones comerciales con la China y el Japón, fueron los introductores de esta planta; y sus propagadores y apologistas los médicos Tulpio, de Amsterdam; Souquet, francés, y Bonterkoe, de Brandeburgo, quienes en 1641, 1667 y 1678 relativamente publicaron escritos encomiando las virtudes y excelencias del te, haciendo su análisis y dándolo á conocer en sus respectivos países. Sobre todo, la *Memoria* de Bonterkoe alcanzó gran resonancia; fué traducida á muchos idiomas, y contribuyó singularmente á difundir el uso de la referida planta. En 1763 Linneo trasplantó á Europa el arbusto: poco después lo llevaron los ingleses á sus colonias orientales, y los mismos chinos á las fértiles llanuras del Imperio brasileño. Mas ya sea por la naturaleza de las tierras, ó por el especial cuidado y arte con que saben cultivarlo en China y el Japón, fuera de estas naciones en ninguna otra parte han logrado producirlo semejante en calidad y abundancia. Consiguieron al principio regulares cosechas, que van sucesivamente disminuyendo hasta que del todo concluyen, sin que puedan, sino muy raras veces, trasplantar fructuosamente algunos vástagos.

Los padres misioneros y los viajeros de distintas naciones y épocas refieren curiosas particularidades acerca del esmero singularísimo con que en las provincias de Fou-Kien, Kiang-Nan y Kiang-Si cultivan esta planta, y especialmente la llamada imperial. Bajo severísimas penas está mandado que

los trabajadores, antes de entrar en los plantíos, se bañen y limpien el cuerpo, se muden de vestido y no coman nada capaz de dar mal olor al aliento, con otras minuciosas precauciones que demuestran el sumo interés de las autoridades para llevar á perfección el mencionado cultivo. Los chinos y japoneses la llaman *tea*, y sólo distinguen las dos ya mencionadas clases del te verde y el negro.

Los escritos de los doctos por una parte, y por otra los intereses del comercio, fueron propagando por Europa y América esta bebida, cuyo consumo á fines del siglo XVII pagaba ya en Inglaterra considerables impuestos. No menos se difundió por Holanda, Alemania y Suiza, pasando luego á los demás países.

Analizado químicamente el te, resulta contener las sustancias que siguen: tanino, un aceite volátil, cera, resina, goma, algunas sales, algo de albúmina, un álcali vegetal llamado *teint*, que da al te el sabor que lo distingue. La teína es una sustancia cristalina, amarga, poco soluble en alcohol y en el agua, idéntica á la que en el café lleva el nombre de *cafeína*.

Los llamados te de América, de la Martinica, de Méjico, de Europa, de Francia, de los noruegos, de los jesuitas y te suizo, son hojas de otras plantas con que en vano se ha intentado sustituir el te verdadero, cuya bebida ha triunfado siempre de todas sus imitaciones. Mucho varía la manera de prepararla; pero la mejor y que más conserva su especial aroma, es la siguiente: colócanse las hojas (que deben haber estado preservadas de la humedad y el aire) en el fondo de la tetera; viértase sobre ellas media taza de agua hirviendo; pocos minutos después otra media taza, y así hasta llenar el recipiente. De esta manera se logra desarrollar gradualmente todo el aroma; el te mediano parece bueno, y el bueno exquisito y superior. Conviene que la tetera sea de loza fina, más bien que de ningún metal, sin exceptuar la plata y el oro.

Aunque el te, bebido con exceso, produce males á la salud, no falta quien lo considere como panacea maravillosa contra todas las enfermedades: hay quien lo toma para aliviarse de los callos. La moda ha hecho de esta bebida un pretexto para todo género de reuniones: en ellas abundan las pastas de harina y huevo, los dulces, vinos, licores y otras cosas más suculentas: dícese *te político*, *te literario*, *te dancante*, etc., según que los concurrentes son hombres políticos, literatos, ó partidarios de Terpsícore. Los verdaderos aficionados al te, que son muy pocos aquí, lo toman puro y hervoroso, aunque se abrasen las fauces y el estómago; los demás lo endulzan con azúcar, suelen mezclarlo con leche, esperan un poco y luego se lo beben.

II.

El café proviene de una de las tres Arabias; la llamada *Feliz*. Su nombre árabe es *cahouh*, que significa vigor, fuerza. Otros dicen que la voz café se deriva de Kaffa, ciudad cuyos habitantes fueron los primeros cultivadores y consumidores de este producto.

Acercas de su descubrimiento y antigüedad de su uso existen numerosas y diversas opiniones. Hay quien sostiene que ya lo bebía el rey David, y que es el mismo licor desig-

nado por Homero bajo el nombre de *nepheates*; otros afirman que mucho después de esta época lo descubrió un pastor del Asia; pero sólo consta por seguro que los médicos árabes de la Edad Media ya lo conocían, así como sus principales efectos fisiológicos: el célebre Avicena, en el siglo XI, le llama *bunkjan* y añade que es originario del Yemen. En el siglo XIV había pasado de Kaffa á la Meca, Medina y demás poblaciones de Arabia; en el siguiente lo usaban mucho los persas; pronto fué conocido en Egipto, y desde el Cairo lo llevaron después á Constantinopla.

En esta capital, á mediados del siglo XVI, y durante el reinado de Solimán III, se abrió en Europa el primer establecimiento destinado á tomar café. Era una sala baja, ruin, sin mesas ni arientos, ni más muebles ni adornos que unas esterillas ó ruelos en el entarimado, sobre cuyas esterillas se colocaban con las piernas cruzadas á la manera oriental unos cuantos desocupados que allí concurrian, no á conversar ó discutir como ahora se acostumbra, sino con profundo silencio, á tomar café servido en tazas muy pequeñas y á fumar la pipa, absortos en una especie de éxtasis. Aunque estos primeros consumidores europeos no solían hablar dentro del establecimiento, á la puerta de él y en la plaza pública formaban animados grupos donde, por gentes de diversos trajes, lenguas y naciones, se comentaban las noticias de aquel tiempo, la paz, la guerra, y las altas y bajas del comercio levantino.

Tal vez la primera nación cristiana en que algunos saborearon esta bebida fué España, á fines del reinado de Felipe II. Pero no se generalizó entonces, ni mucho menos, ni tampoco en Francia en el siglo siguiente, sino ya en el XVIII, en que se difundió rápida y simultáneamente por casi toda Europa. No hay capital que no tenga muchos locales bien decorados y espaciosos, *cafés*, para tomar esta bebida, universal hoy: aun en los pueblos de escasa importancia existen algunos establecimientos de esta clase, donde también se expenden otros licores y se reúnen los parroquianos para conversar y leer periódicos.

Pero no sin contrariedades y luchas ha logrado el café carta de naturaleza en todas las comarcas y naciones del antiguo y nuevo mundo. La religión, la medicina, los gobiernos y las leyes le han declarado guerra tenaz en muchas épocas y ocasiones, sin conseguir otra cosa que darle mayor importancia y propagar su cultivo, comercio y consumo. Además del *café* citado, abierto en Constantinopla hacia 1550, dos ó tres años después se estableció otro por un tal Xekem, el cual procuró adornarlo con cierta comodidad y elegancia, y logró que fuese lugar de reunión donde concurrían cadíes, poetas, literatos, jefes del ejército, etc., como si dijéramos hoy que fué el café de los caballeros, así como el primitivo era frecuentado por mercaderes, artesanos y gente llana. Si en éste se guardaba silencio por lo común, en el de Xekem se hablaba de todo, y muchos de sus tertulianos pasaban allí entretenidos largas horas. Pero los *muftis* ó sacerdotes la emprendieron contra semejantes reuniones, bajo pretexto de que los concurrentes descuidaban sus plegarias de la tarde: predicadores fanáticos tronaban en las mezquitas contra lo que, á su parecer, era gravísimo pecado; y tanto dijeron y de tal modo intrigaron con el Sultán, que al fin mandó éste cerrar todos los cafés (ya bastante numerosos), bajo la pena de cincuenta á cien palos. Oclenta nada ments

sufrió un pobre musulmán, convencido por la policía de haber bebido café en su propia casa. Y para que fuese más ejemplar el castigo, se lo aplicaron paseándolo por toda la ciudad sobre un burro y desnudas las espaldas, como nuestros antiguos azotados antes de ir á presidio ó á bogar en las galeras del rey.

Mas no fué duradero tan bárbaro rigor, pues muy pronto los mismos visires ó gobernadores procuraron que se abriesen cafés, de los cuales obtenían rentas mediante arbitrarios impuestos.

Un siglo después, y durante la guerra de Candia, mandó nuevamente el gobierno cerrar los cafés, porque en ellos se hablaba de asuntos de política y administración del Estado. Abiertos luego otra vez, tomaron cierto carácter científico, literario y artístico: los doctos explicaban ó discutían, los poetas declamaban sus *dicanes* ó composiciones; los músicos cantaban ó tocaban instrumentos, juntándose á la par el recreo y la instrucción. Otra vez se opusieron los sacerdotes; pero ya nadie les hizo caso. En Persia lo entendían de distinto modo; pues lejos de predicar en las mezquitas contra los cafés iban á ellos, y mientras dirigían al concurso un sermón sobre la brevedad de la vida ó las miserias de las grandezas humanas, en otro ángulo un poeta declamaba sus versos; más allá un narrador de cuentos ó chascarrillos alegraba á su auditorio,

y á corto trecho sonaba la flauta ó la dulzaina, armándose tal estruendo y confusión, que los viajeros europeos se maravillaban de que pudiesen entenderse las gentes aquellas y permanecer allí juntos largas horas sin volverse locos.

Después de Constantinopla fué Venecia la primera ciudad europea que tuvo cafés numerosos y concurridos: Londres sigue el ejemplo y abre uno en 1672; tres años después tenía más de mil, cuando Carlos II los mandó cerrar todos,

temiendo que en ellos se hablara de política y se fraguasen conspiraciones.

Soliman-Agá, embajador turco en Francia, puso de moda en esta nación la bebida del café. Dado ya el impulso, el armenio Pascall y el siciliano Procopio fundaron establecimientos de este género en la capital, cuyo ejemplo siguieron las provincias, excepto Marsella, puerto muy concurrido de gente levantina, donde hubo café antes que en París. Casi al mismo tiempo se fundaron otros en Suecia, Alemania,

Países Bajos y Austria, cuando ya los había en Italia. Rápidamente se propagó este uso á todas partes, y hoy es el café un producto de cuyas ganancias viven millones de familias en uno y otro continente.

Dicho queda que le declararon cruda guerra la religión y la política, aunque en vano. Lo mismo hicieron la medicina y la higiene. Halneman, patriarca y jefe del sistema homeopático, atribuye al café gravísimas perturbaciones en la salud; los médicos Suides, Calvet, Hoffman, Boerhaave, Simón Pauli, Tissot y otros, lo prohibían en absoluto á sus enfermos; y se ha dicho repetidas veces que esta bebida, aun en hombres robustos, suele producir erupciones, cefalalgias intensas, tumores hemorroidales y toda suerte de irregularidades y desórdenes en el aparato nervioso; ponderando de tal modo sus estragos, que algunos llegaron hasta

apelldarle veneno. Tal opinión procuraba inculcar un médico al célebre Fontenelle, y graciosa es la respuesta del venerable centenario: «Tenéis mucha razón, doctor amigo, en llamar al café veneno lento; pues tal es su lentitud, que hace ochenta años que lo tomo cada día y aun me conservo bueno y sano.»

Otros, en cambio, proclaman las excelencias de esta bebida, dejándose llevar por su entusiasmo al extremo de considerarla como panacea ó lenitivo de cuantos males afligen



al género humano. Lo verdaderamente difícil es distinguir en su empleo el uso del abuso; pues la dosis que aprovecha á unos, á otros les daña, según las edades, temperamentos, climas, circunstancias fisiológicas, etc. Así como, en general, perjudica á los niños y á las mujeres de gran susceptibilidad nerviosa, conviene mucho á los habitantes de países bajos y pantanosos, de valles húmedos y regiones frías, á los que sufren privaciones ó un excesivo trabajo, á los convalecientes y á los ancianos. La medicina lo emplea contra la cefalalgia, la embriaguez, las fiebres intermitentes y tifóideas, la albuminuria, tos ferina, etc.; y el sabio español Orfila, contra los envenenamientos por opio, tabaco, estricnina y setas. Sus efectos generales son conocidos, pues casi nadie ignora que despeja la cabeza y aviva las funciones del cerebro, por lo que muchos le llaman el alcohol de la inteligencia y el néctar de los sabios. Aumenta el calor y la transpiración, dando impulso al sistema circulatorio; excita y promueve la secreción urinaria, y mezclado con leche en partes iguales, es un verdadero alimento sano y nutritivo. Como curiosidad puede añadirse que el café es venenoso para las gullinas y los papagayos, y no para los cuervos ni los gorriones.

Analizado químicamente el café, hállase que contiene los siguientes principios: sustancias celulosas y grasas, dextrina, legumina, caseína, chlorogénato de potasa y de cafeína, cafeína libre, etc. Siendo un artículo de consumo tan apreciado y productivo para el comercio, la codicia y mala fe lo han adulterado repetidas veces con diversos elementos, algunos muy nocivos. Las falsificaciones menos perjudiciales son por la achicoria, bellota y castaña. El café más estimado es el Moka, de Arabia; siguen los de Cuba y Puerto Rico, y quedan bastante inferiores los producidos en las colonias inglesas, francesas y holandesas.

Respecto de los *cafés*, ó establecimientos para el despacho y consumo de esta bebida, los hubo y hay muy notables en Asia, Europa y América. Unos se llaman *literarios*, porque en ellos se reúnen literatos que leen poesías y pronuncian discursos; otros *concertantes*, por la orquesta que los ameniza; otros *políticos*, por las materias de que en ellos se habla; otros *cantantes*, ó *fondas*, ó *económicas*, etc., según la particularidad que los caracteriza. A la larga matará el café á la taberna: hoy, por lo menos, la obliga á reformarse, y en vez de aquellos antiguos antros sucios y hediondos, se ven hoy estos *cafés-manhegos*, como en Madrid les llaman, aludiendo al Valdepeñas que en ellos se vende, bastante limpios algunos y regularmente decorados, aunque todavía no llegan con mucho á las famosas tabernas de Cádiz, Sevilla y Málaga.

III.

Del vocablo griego *opos*, y de su diminutivo *opion*, suponen derivada los etimologistas la palabra castellana *opio*, con que designamos cierta sustancia ó jugo espeso y gelatinoso extraído de varias especies de adormideras (*papaver somniferum*), y muy especialmente de la blanca, por ser la más activa.

Las regiones donde más se cultiva y beneficia este producto mediante el comercio son: el Asia Menor, Persia, Tur-

quía, el Egipto y la India. Cuando la adormidera está en sazón, se le hacen incisiones horizontales, y de ellas brota un jugo resinoso que á la madrugada siguiente recogen los cultivadores con una espátula ó cucharilla y van echando en una vasija que llevan sujeta á la cintura. El opio así recolectado es el superior, ó de primera chase, y se le llama *en lágrimas*, porque al brotar forma goterones á lo largo del tallo de la planta. La segunda clase es el *tebáico* (de Tebas, en Egipto), y se obtiene por la evaporación de los jugos de cabezas de adormidera, resultando una sustancia gomo-resinosa de color obscuro, rojizo ó amarillo, de olor fuerte y sabor acre y amargo, algo soluble en el agua y el alcohol, que al calor se ablanda y arde con el fuego. La clase inferior y tercera es el *meconio*, y se prepara con las cabezas de adormideras después de extraído el primer jugo. Este opio es el más barato y menos eficaz; su proporción activa, comparado con el de *lágrimas*, es de 3 á 10 próximamente.

Para obtener mayor producto, los cultivadores persas usan cuchillos de cinco hojas, colocadas en el puño ó mango á distancias iguales, con cuyo instrumento hacen de un golpe cinco heridas ó incisiones en el tallo de la adormidera, dejando todo un día brotar el jugo y recogiendo, como ya dije, á la siguiente madrugada; operación que suele hacerse en la temporada de verano y cuando son más intensos los calores. El opio mejor elaborado y de más precio es el de Esmerina, por cuya razón siempre fué objeto de numerosas falsificaciones.

Lo que nos cuenta Homero de la famosa lanza de Aquiles, sucede con el opio: cura y mata. Empleado como calmante por la terapéutica, es remedio, y cuando menos, lenitivo para las dolencias humanas; mascado ó fumado para procurarse las imaginarios gozos de sueños agradables, ocasiona todos los años la muerte de millares y millares de individuos. Como sustancia terapéutica sirve de mucho en las cefalalgias, insomnios y en todo género de irritaciones: se receta para uso interno y externo, según los casos, para lo cual existen más de 400 fórmulas. Por su energía, como por la varia susceptibilidad de los temperamentos, es necesaria mucha prudencia para administrarlo con acierto; debiendo tener en cuenta que en primavera es más activo y hay que disminuir las dosis, mientras en los pacientes acostumbrados á tomarlo causa menos efecto, y es preciso entonces irlos gradualmente aumentando. El opio usado en la farmacia es el *tebáico*. Tomado en cantidad excesiva es un tósigo: sobreviene sudor, pesadez, náuseas, gastralgia y luego un frío glacial, rigidez cadavérica, sueño invencible, y por último la muerte. Si la bebida acaba de tomarse, hay que provocar abundantes vómitos: si ya fué absorbida por el estómago, se aplican, además de los eméticos, lavativas de café sin azúcar, muy espeso y caliente, cuyo procedimiento ha salvado á muchos la vida.

Pero los beneficios medicinales que debemos al jugo elaborado de la adormidera son muy poca cosa comparados al increíble número de sus víctimas, gracias á la codicia de unos y á la estupidez de otros. Embriagarse con opio, mascado á veces, y fumado las más, en Turquía, Persia, el Japón, China y las islas de la Sonda; pero es en el Celeste Imperio donde el vicio ahondó más sus raíces y produce estragos mayores. Tales son éstos, y en tan espantosa progre-

sión aumentan, que muchos temen la conclusión y total ruina de este pueblo, á pesar de la vastísima extensión de su territorio y del incalculable número de sus habitantes.

que en 1800 importaron los ingleses en China 4.000 grandes cajas de opio de á 72 kilogramos cada una de ellas. Para los exportadores, incluidos todos los gastos, el precio de cada caja era 2,430 reales por término medio, y como la vendían



DEL FUMADOR. — (Cuadro de Meissonier.)

Por mucho tiempo ejercieron los portugueses el monopolio del comercio de opio con la China, siendo este tráfico entonces no muy activo, aunque ya producía pingües ganancias. Pero en 1773 lo emprendió por su cuenta la Compañía inglesa de Indias, y desde entonces, protegido poderosamente por Inglaterra, fué desarrollándose hasta el punto de

en 14.200, les resultaba una ganancia enorme. Por este mismo tiempo de principios del siglo prohibió el Emperador de China la introducción de opio en sus dominios; pero los mercaderes ingleses continuaron acrecentando la importación como contrabando después de sobornar gran número de empleados infieles. A tal grado llegó el abuso, que fué va-

rias veces reiterada la prohibición, y por último se adoptaron medidas eficaces que esterbaron la entrada de la dañosa mercancía; por cuyo motivo Inglaterra en 1838 declaró á China la guerra más injusta de que hay memoria. Venció el fuerte, sucumbió el débil, y desde este año el tráfico del opio, libre por la fuerza de toda traba, adquirió extraordinario incremento. En 1840 los ingleses vendieron á China 22,000 grandes cajas de la mencionada clase; en 1848 ya fueron 30,000; en 1851, 36,000, y tres años después 67,000 cajas. Este fué el máximo, que desde entonces empezó á bajar, siendo hoy la importación de 40 á 42,000 cajas anuales. El motivo de tal descenso no es, por desgracia, que los chinos vayan abandonando su funesta costumbre de embriagarse fumando el opio, sino que han empezado á cultivar la adormidera y á extraer su jugo en varias provincias de su propio país; y aunque el opio así obtenido es de inferior calidad, resulta mucho más barato y abastece al consumo de la clase pobre. En ésta y en la aristocrática es donde se halla arraigado el vicio: el Emperador tiene en todos sus palacios salones para fumar, decorados con maravilloso lujo, y á menudo se embriaga como el mísero jornalero. Tal ejemplo da la suprema autoridad á sus vasallos, y de tal modo cumple sus propias leyes.

La única diferencia está en que las personas de categoría se emborrachan en su casa y con opio de buena calidad y mayor fuerza, cuyos efectos son más desastrosos por contener más cantidad de morfina y de otras sustancias desorganizadoras, mientras la plebe usa del opio inferior y concurre á los fumadores públicos. Son éstos unas salas bajas, por lo común al nivel de la calle, sombrías y húmedas, donde sobre el suelo terroso hay quince ó veinte canastros destinados á otros tantos fumadores. Las puertas y ventanas están cerradas de continuo, y no hay otra luz que la de algunas lamparillas para encender las pipas, que suelen ser largas de dos palmos; por las paredes se ven escritas algunas sentencias de Confucio, y la atmósfera de tales aposentos es pesada, acre y nauseabunda. El fumador prepara con singular esmero el extracto de opio, carga su pipa, la enciende en la lamparilla próxima y aspira y saborea con delicia el humo, tendido en su petate y teniendo al lado una taza de té, pues el primer síntoma de la borrachera es una sed ardiente. Después sobreviene un sueño agitado y nervioso, donde las facultades anímicas se exaltan hasta el delirio, imaginando cada cual lo más adecuado á su carácter y naturales propensiones. Así el avaro cree ser dueño de inagotables riquezas; el ambicioso, que ocupa los más altos puestos del imperio; el lascivo se finge escenas voluptuosas, etc. El despertar es terrible. A estos cuadros halagüeños de la fantasía sucede un estado de postración espiritual y física, un tan profundo hastío de todas las cosas, que sólo puede expresarse con esta palabra *aplastamiento*. El desdichado á quien ya hizo su esclavo el vicio de la embriaguez, únicamente desea embriagarse de nuevo, y si no tiene dinero para hacerlo, cometerá los mayores crímenes y vilezas con tal de adquirirlo y satisfacer la pasión que por entero le domina. Dios, patria, ciencias, artes, honradez, amor, amistad, son para él palabras vacías de sentido; el ser inteligente y moral ha muerto, y sólo queda el bruto bajo la degradada figura del hambre. Porque á esta ruina espiritual va unida siempre la más espantosa decadencia física: los ojos, hundidos dentro de un círculo violáceo,

aparecen como deslustrados y absortos; los dientes y encías se deterioran y corrompen; las manos y las rodillas tiemblan; el vigor desaparece; el espinazo se ablanda y encorva, y la cabeza se inclina á la tierra como buscando la sepultura. No todos los fumadores de opio llegan á este grado de envilecimiento; los hay que se limitan á cierto número de pipas por mes ó por quincena; pero aun así menoscaban sus fuerzas físicas, su inteligencia y su memoria.

Al par de la progresión en el consumo del opio ha ido la del robo, el suicidio, la prostitución y el asesinato en China, hasta el extremo de que muchos ilustres publicistas de Europa vaticinan para un tiempo más ó menos remoto la muerte de esta nación, sobre cuyo inmenso territorio extiende ya su garra el leopardo inglés para dilatar sus dominios de Asia. Dicen algunos escritores que no debe achacarse á la codicia inglesa la corrupción y envilecimiento de China, sino que cuando Dios quiere perder á un pueblo, lo impulsa por malos caminos hasta consumar su ruina. Sin duda es muy cómodo atribuir á Dios los resultados lógicos de nuestras malas acciones.

Relativamente en Java no es menor que en la China el consumo de opio: los holandeses lo permiten á los indígenas, y aun estimulan en ellos semejante vicio por las ganancias que de él obtienen. Pero como la embriaguez opiácea produce á veces una exaltación furiosa que inclina al homicidio, colocan á las puertas de los fumadores hombres armados con la consigna de matar en el acto á quien intente salir en tal estado. Igual demacración, languidez, embrutecimiento y muerte prematura se advierte en los fumadores de la Oceanía que en los de China y en los de todas partes. Los que llegan á edad algo avanzada son mirados como raros fenómenos. También amortigua la sensibilidad el uso constante de este veneno, produciendo una impresión muy débil los golpes, heridas, quemaduras, etc.

Para formar idea más exacta de esta materia, conviene leer las siguientes obras: *Relación de algunas experiencias hechas en mí mismo con el opio*, por M. Martín: 1778.—*Acción de la morfina sobre la economía animal*, por el químico Orfila: 1819.—*Del uso de fumar opio*, por Botta: 1829.

IV.

A la palabra *tabaco* designan los doctos tres principales orígenes: unos dicen que viene de *Tabago*, pequeña isla de las Antillas; otros de *Tabasco* (Yucatán), y los últimos de *habacac*, nombre que daban a esta planta algunas tribus del Nuevo Mundo. Sea lo que quiera, es indudable que proviene de América; pues aunque no falta quien asegure que desde la edad más remota la conocían indios, chinos, persas y algunos pueblos del Asia Menor que lo fumaban y mascaban, tal argumento es más aparente que verdadero, y no prueba lo que se intenta demostrar. Hay muchas plantas que se han fumado y fuman, y no son tabaco, ni siquiera tienen con él caracteres comunes ó semejantes. Estas, ciertamente, usarían los antiguos pueblos citados; y el hecho de mascarlas ó de aspirar su humo es lo que ha dado margen á la equivocación.

En 1515, el gran descubridor genovés trasplantó el tabaco á España, y aquí fué cultivado para aplicarlo á la cu-

ración de enfermedades. Muy poco después un navegante, natural de Huelva, excitaba la admiración y asombro de sus paisanos arrojando el humo por boca y nariz, pues durante su permanencia en San Salvador aprendió de estos indígenas á liar en forma de canuto las hojas ya secas del tabaco, haciendo así un cigarro toscó, y á fumarlo ni más ni menos como hoy se fuma.

Pero sería un grave error figurarse que el procedimiento hizo pronta fortuna y tuvo imitadores y rápidamente se convirtió en general costumbre. Lejos de ser así, tardó largo tiempo en ser conocido y adoptado, y sufrió prohibiciones y atrajo sobre los fumadores castigos desproporcionados, algunos de ellos terriblemente crueles. Seid Abbas, sultán de Persia, mandó cortar los labios á los fumadores de tabaco, y la nariz á cuantos lo tomaban en polvo; lo mismo ordenó Amurat IV; Miguel Federowitch, emperador de Rusia, dispuso apalear á los fumadores por la primera vez, y si eran reincidentes los condenaba á pena capital; la reina Isabel de Inglaterra fué menos intolerante, y se limitó á prohibir bajo ciertas multas que se fumara en las iglesias; y el monarca de la misma nación, Jacobo I, compuso un libro contra el tabaco, y amenazaba á sus aficionados nada menos que con la horca; pero como no había de ahogar á cientos de miles de fumadores, lo hizo con Walter Raleigh, quien pagó por todos, pues además de ser fumador cometió el enorme crimen de introducir en la Gran Bretaña el uso de la pipa. A los castigos materiales se unieron otros del orden espiritual cuando el papa Urbano VIII en 1624, y luego muchos obispos, excomulgaron á los fumadores. También se les persiguió en nuestro país, aunque no con tal dureza; pero aquí, lo mismo que en todas partes, su número crecía prodigiosamente, dándose con frecuencia el caso de fumar en secreto los que más gritaban en público en contra del tabaco. Cuéntase de un fraile que acerbamente combatía el uso del tabaco en sus sermones; pero distraído sin duda y llevado por la costumbre, sacaba de vez en cuando la tabaquera y tomaba un buen polvo.

En suma, el desarrollo del tabaco fué contrariado y reciamente combatido de palabra y obra desde su origen, lo cual no estorbó que en España se cultivase para fines terapéuticos y lo fumasen algunos á mediados del siglo XVI; que Juan Nicot, embajador de Francia en Portugal, volviese á su país llevando á él (1559) esta planta, que por esto fué llamada *hierba del embajador*; que un año después se introdujesen muestras de ella en Inglaterra, y que por último se haya propagado á todas las comarcas del globo, siendo el sostenedor de millones de familias y una de las más crecidas rentas de todas las naciones.

Además de reyes y pontífices, muchos médicos intentaron desacreditar el tabaco, atribuyéndole males sin cuento, desde la intoxicación hasta la brevedad de la vida, el idiotismo y la locura. Pero otros, con no menos autoridad científica, han sostenido lo contrario, elevando á la hipóbole cuantas excelencias y virtudes se le suponían. Baste decir que Tomás Willis le concede propiedades contradictorias, como excitar y satisfacer el apetito, ahuyentar y provocar el sueño, etc. Larguísima y pesada resultaría la sola enumeración de los escritores amigos ó enemigos del tabaco, aun sin apuntar los argumentos en que fundan sus opiniones.

Conviene á esta planta la tierra grasa y húmeda con pen-

diente hacia el Ecuador y situada en climas tropicales. Donde mejor se produce es en la isla de Cuba y Turquía, y después en Méjico, Estados Unidos, Brasil, Filipinas, Borneo y en la isla de Ceylán. En Italia, Hungría y Holanda es muy inferior; por el contrario, es de exquisita calidad en la parte occidental de Cuba, que llaman de *Vuelta Abajo*, ó sea en la fertilísima vega del Yara.

Úsase el tabaco en cigarros imperiales, regalias, panetelas, trabucos, etc.; en pitillos, que es la picadura envuelta en papel; en hebra, para la pipa; en polvo, para sorberlo por la nariz, y en masita ó barra para masticarlo, costumbre sucia que ya va desapareciendo y sólo se conserva algo entre la marinería. Se recolecta en tiempo seco y cálido hacia fines de verano, cuando las hojas amarillean y se inclinan; contiene potasa, calcs, magnesia, amoniaco, ácidos minerales, cuerpos nentros, y como base orgánica la nicotina. Débese advertir que mientras el tabaco es mejor, lleva en si menos cantidad de esta nociva sustancia, de modo que el habano y el turo apenas la tienen.

Tanto los impugnadores como los apologistas del tabaco han extremado fuera de razón sus juicios, á semejanza de lo sucedido con el te y el café; por lo cual hay que reducir á término justo lo dicho en tal materia.

Inconvenientes.—Ennegrece la dentadura y suele dar mal olor á la boca si no hay mucha limpieza. Debilita á los que fuman de continuo, sobre todo por el salivco que en algunos produce. Irrita á veces la garganta y el estómago. Es perjudicial siempre para los niños. Tomado en polvo, causa lagrimeo, embota el olfato, y á la larga lo destruye. Mascado es mucho peor por la irritación ó debilidad que la saliva, tragada ó escupida, produce forzosamente en el estómago. Origina á veces violentas cefalalgias, cólicos, vómitos, mareos, etc. Pero á las experiencias verificadas en animales introduciéndoles en las venas ó en el canal del recto cierta cantidad de tabaco, puede responderse que por ahí no se toma, y en este sentido la prueba es absurda.

Ventajas.—En general, acrecienta la industria y comercio, y es un río de oro que corre por todos los climas y naciones. En particular, acompaña y distrae; al jornalero, proporcionándole breves descansos en su ruda facna; al hombre docto y literato, con cierta excitación cerebral y oportunas pausas en sus estudios, que le permiten reflexionar sobre una idea, planear la estructura de una obra y dar adecuada forma á un pensamiento rebelde. ¿Cuántas veces un autor suelta la pluma, enciende un cigarro, lee con calma lo ya escrito y lo corrige ventajosamente, ó halla la expresión verdadera, el rasgo característico, la resolución de la dificultad que antes le atormentaba! El tabaco es antipútrido y antiepidémico: también es poderoso contra el escorbuto en tierra y mar, en ésta principalmente. Es barómetro de la salud, pues mientras el enfermo no pierde el gusto de fumar hay esperanzas de curación. Es muy sociable, inclinando á los hombres á prestarse pequeños servicios mutuos que avivan la simpatía y pueden ser preliminares de verdadera amistad. Después de las comidas suculentas contribuye á la digestión, activando las funciones estomacales. Y otras muchas excelencias y virtudes tiene, que se hallan consignadas en *La Tabacología* del médico Juan Neander, y en el poema latino de otro médico inglés, Thorins, titulado *Hymnus tabaci*.

Consejos.—No deben reunirse muchos fumadores en una misma sala, sobre todo estando cerradas las ventanas y puertas. No conviene encender el cigarro después de apagado y ya frío. Todavía es peor fumar cigarro empezado por otro, ó servirse de pipa ajena. La pipa será larga y se tendrá siempre muy limpia. Las pipas cortas calientan los labios y lengua demasiado, irritan la garganta y aun pueden originar daños mayores. El fumador cuidará con esmero su dentadura y se enjuagará la boca antes de acostarse y al levantarse. No se debe nunca, aunque haya viento, encender el cigarro al inflamarse el fósforo, porque es aspirar un veneno. Y finalmente, debería preferirse no fumar á fumar tabaco malo. Digo *deberix*, porque la costumbre y deseo del

aficionado son tales, que no teniendo tabaco superior, lo fuma pésimo; y no teniendo ninguno, fuma hojas secas de nogal, de álamo, etc., y hasta serrín de madera muchas veces en largas navegaciones.

Al llegar aquí leo en los periódicos que la Guardia civil, cumpliendo las órdenes del Gobierno, ha ido arrancando en varias provincias del Mediodía las plantaciones de tabaco: ¿querrá explicar algún sabio cómo es malo y perjudica en España lo que es bueno y constituye en Cuba la mayor fuente de riqueza, y no sólo se permite, sino que se estimula y fomenta en las demás naciones?

NARCISO CAMPILLO.



SRA. MILA KUPFER, DISTINGUIDA «PRIMA DONNA».

UN CRIMEN.



¿Te acuerdas? Deslizábase el esquife

Á lo largo del río,
Que tiene orillas de color de plomo
Y ondas que se atropellan sin ruido.
Una luna pesada y macilenta
Bañaba con sus rayos indecisos
La superficie cenagosa y lúgubre
Donde temblaba el eco de sí mismo,
Y los lejanos términos, cubiertos
De árboles descarnados y crecidos,
Una avanzada de gigantes sombras
Daban á aquellos tenebrosos sitios.

Nuestra barca era estrecha como un féretro;
Tú ibas al lado mío

Temblando de terror bajo tus pieles,
Lívida, inmóvil, con los ojos fijos;
Yo remaba, remaba sordamente
Con la calma febril del asesino,
Y á cada golpe de la sorda pala
Estaban nuestros rostros más sombríos.
¡Qué horriblos detalles! Ningún crimen
Se forjó con cuidados más prolijos;
Cerca de mí, el puñal, la piedra, el garfio:
¡Todo nuestra maldad lo había previsto!

¡Oh inconcebible instante! ¿Lo recuerdas?

Desnudo, desvalido,
Reclinándose en flores deshojadas
Por el rigor de su infantil capricho;
Rota la venda azul, doblado el arco
Y sin haces de flechas en el cinto;
Con la rubia guedeja por la espalda
Y los rosados brazos extendidos,
En la orilla funesta y solitaria,
Sin sospechar nuestro crímel designio,
Con una rosa mustia entre los labios
Estaba nuestro cándido enemigo.

Tomamos tierra: al verle dormitando
Nos asombró el delito:

¡Era tan inocente, tan hermoso,
Tan delicado, tan gentil, tan niño!
Nos llamaban sus tiernas manecitas
Con expresión de afán tan infinito,
Que, apoyándome en tí, dudé un momento
Y corrió por mi frente sudor frío.
Ya iba á arrojar el hierro entre las ondas,
Cuando volvió el orgullo á hacer su oficio.
¡Te miré, me miraste....! En un relámpago
Se firmó la sentencia. ¡Estaba escrito!

Di un paso más; cual tigre cauteloso
Me incliné sobre el niño,
Y tan certera descendió mi mano,
Que hallé su corazón con el cuchillo.
¡Suceso extraño! El alevoso golpe
Cayó sobre nosotros repetido:

Dos agudos puñales invisibles
Punzaron á la par nuestros espiritus.
¡No sé por qué providencial mandato,
Sintiéndonos morir quedamos vivos,
En tanto que espiraba á nuestras plantas
Aquel sér tan odiado y tan querido!.....

Medió la noche: el horroroso crimen
Ocultar fué preciso,
Y alzamos el cadáver de la arena
Para arrojarlo al silencioso río.
¡Cuánto pesaba!..... ¡cuánto!..... aquella carga
Era la enorme roca de Sisifo,
Irresistible, eterna: así los mundos
Deberán gravitar en el vacío.
De la orilla desierta y solitaria
Nos separaba siempre el infinito.....
¡Mas llegamos al cabo! ¿Quién no llega
A donde le conduce el egoísmo?

La superficie oscura de las aguas
Como un pavés bruñido
Brillaba á nuestros pies. La luna triste
De blandón funeral servirnos quiso;
Y aquel horrible grupo parecía
Agigantarse á su reflejo tibio,
Cual se agigantan de los altos Andes
Al declinar el sol los viejos picos.
Se hizo el último esfuerzo; columpiamos
El cuerpo inanimado, y despedido

Con todas nuestras fuerzas, giró un punto,
Dando pesadamente en el abismo.

La onda tragó sin murmurar la presa,
Y siguió su camino,
Acariciando la plomiza margen,
Altar del alevoso sacrificio.....
En alas del terror, á nuestra barca
Por opuestas pendientes descendimos,
Consiguiendo, á favor de la corriente,
Volver la espalda á los fatales riscos;
Mas al doblar la peligrosa punta
Que daba vista al puerto apetecido,
Brotó del fondo el mutilado cuerpo
Delante del esquife fugitivo.

Aun se erizan de espanto mis cabellos
Recordando el prodigio,
Que á ennegrecer la noche de la culpa
En nuestras almas laceradas vino.....
Inútil fué que enarbolando el remo
Azotara el cadáver con ahínco;
Inútil que con bárbara insistencia
Procurase apartarlo y sumergirlo.....
¡Flotaba siempre! ¡siempre!..... Todavía
Flotar parece en los ensueños míos:
¡Amores que asesina el necio orgullo
No pueden sumergirse en el olvido!

BENITO MAS Y PRAT.

LO INSONDABLE.

SONETO.

¡He de morir!.... Mas ¿cuándo el triste día
Ha de llegar que alumbre indiferente,
Bañando con su luz mi yerta frente,
El suspiro postrer de mi agonía?

Y aunque esta duda me atormenta impía
Hiriendo mi razón, nunca clemente,
Sin que alejarla pueda de la mente,
Continuo torcedor de mi alegría,

No es la muerte el suceso que me aterra,
Pues á sufrirla vivo sometido;
Lo que al alma conturba en honda guerra
Es pensar como pienso entristecido:
¡Si el hombre concluyese aquí en la tierra,
¡Ah! qué inmensa desgracia haber nacido!

MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

EL DUELO DE LOS GORRIONES.

Ya se va sintiendo el fresco ambiente precursor del invierno, los árboles amarillean, alfémbrense los campos y los paseos de hojas secas; vuelve la vida á reconcentrarse en el hogar doméstico, ó en esos otros ficticios hogares creados por la moderna civilización, que se llaman el café y el casino.

Hay frente á mi casa otra, construída á la inglesa, con su jardincito delante de los muros, separado de la calle por una verja. Es una casa conocida en todo Madrid, porque fué de las primeras que tuvieron esa especie de pulmones de la arquitectura ciudadana, porque ha albergado inquilinos ilustres y porque está situada en cierta calle que lleva un nombre famoso en las letras.

Pocos años há vivían allí dos ancianos, marido y mujer. Habitaban en un piso calificado por el arquitecto ó el dueño de la casa de *tercero*, cuando en realidad es *quinto*; modo

inocente de balagar la vanidad de los inquilinos, muy semejante al que resulta de pintarse las canas del cabello ó de la barba: el que lo emplea no engaña á nadie, ni siquiera á sí mismo; pero se hace la ilusión de que la gente toma por juventud la obscura huella del nitrato de plata.

Mis vecinos de enfrente tenían convertidos los balcones en otros tantos *pensiles* ó jardines colgantes, y diariamente asomábanse á ellos para arrojar por el aire puñados de migas de pan, limosna destinada á un sinnúmero de gorriones que anidan en las entrelazadas copas de dos hermosos árboles que adornan el jardín contiguo.

Muchas generaciones de estos pajarillos han debido el sustento á las caritativas manos de mis vecinos, que durante años y años, sin faltar un solo día, mostraban su longaninidad con los volátiles mendigos, á quienes un amigo mío califica de *plebe del aire*.

Pero en cierta ocasión llegaron como de costumbre los gorriones á la casa de enfrente, revoloteando alrededor de los cerrados balcones, y acercándose primero los más audaces y luego los otros, sin que aparecieran las pródigas manos de sus bienhechores.

¿Qué les habrá sucedido?—se decían entre sí y unos á otros los pájaros.—¿Se habrán mudado de casa? No es posible. Esta les pertenece sin duda, como á nosotros el árbol aquel. ¿Se habrán olvidado de nosotros? Mucho menos—exclamó un gorrión viejo;—toda mi vida y la de mi padre, y si no recuerdo mal, hasta la de mi abuelo, nos han dado sin falta el pan de cada día.

Y después de mucho esperar, de rozar con el ala los cristales, como las golondrinas de Bequer, el hambre los hizo ir á buscar sustento por otro lado.

Al día siguiente sucedió lo propio: nadie se asomaba á los balcones, que permanecían cerrados, y los asombrados hambrientos tuvieron que matar el apetito con lo que por acaso hallaran en la calle.

Algunos se quedaron sin comer; algún otro se proporcionó un opíparo banquete metiendo el pico por entre los alambres de la jaula de un canario de la vecindad, y por ello fué objeto de mil consideraciones entre sus compatriotas del árbol. Los que se quedaron sin comer adquirieron fama de honrados, pero se les calificó unánimemente de tontos. ¡Ni que hubieran sido hombres!

Pasados algunos días, uno de los balcones de la casa amaneció abierto.

Acercáronse precipitadamente los gorriones, y vieron á su bienhechor que yacía en una cama grande muy colgada de negro; tenía cerrados los ojos, el rostro blanco y afilado, y á pesar de acercarse al balcón sus protegidos, á pesar de que hubo quien se arriesgó á pararse un momento en la fría balaustrada, el anciano amigo de los gorriones permaneció inmóvil.

Dentro de la casa oyeron los pajarillos lamentos y llantos, ruido triste hasta para las mismas aves.



Y por la noche, algún gorrión, desvelado por el hambre, vió que el balcón seguía abierto y que salía por él, rompiendo la masa negra de la obscuridad, un torrente de amarillenta luz.

Y el día después, el amigo, el bienhechor cariñoso de los pajarillos fué sacado y puesto en un negro coche, tirado por caballos negros, que le llevaron lejos, muy lejos de la casa que fué providencia de los gorriones.

Y éstos piaron dolientemente por el que les cuidaba: no volvieron á verle en el balcón, ni recibieron de sus manos las migajas de pan con que antes les daba el cotidiano sustento.

Muchos amigos lloraron al difunto; los periódicos dieron cuenta de su muerte dedicándole frases de elogio y de enojo, porque le conocía, le trataba y le estimaba en Madrid mucha gente. Pero nadie le echó de menos tanto como los

inquilinos del árbol próximo, y el duelo de los gorriones acompañó también á la tumba al que cuidaba de alimentarlos.

.....
¿Quién era el bienhechor de los pajarillos?

Perteneció á una dinastía de artistas, fundada por un hermano suyo que también vivió y murió en la misma casa (el inolvidable, el gran actor *Julián Romea*), y en Madrid nadie le conocía sino por *Florencio*.

Como las manifestaciones del talento de los actores son tan efímeras, pocos le recuerdan ya. A mí no me dejan olvidarle los gorriones vecinos.

ANGEL AYILÉS.

Madrid, Noviembre 1886.



UNA ELEGÍA.—(Dibujo de Carbonell.)



«CABEZA DE ESTUDIO.»
(Cuadro de D. Casto Plasencia.)

PRÓLOGO DEL «ROMANCERO DE COLÓN.»

FRAGMENTOS DE LA PARTE PRIMERA.

I

¡Arriba el corazón, oh patria mía!
Voy á cantar el día
En que, vencido el bárbaro africano,
Tu aliento soberano
Al mundo viejo estremecer hacía,
Y arrancaba otro mundo al Oceano.

No como entonces ¡ay! la fe te enciende,
Ni el bélico entusiasmo te arrebató,
Ni el orbe absorto de tu ciencia aprende,
Ni el arte tus grandezas aquilata.

Cuaja tu sangre el hielo de la duda;
En la inercia tu espíritu se apoca;
Sorda á las ciencias, en las artes muda,
Y manca para aquel que te provoca.



Angel maldito que abortó el infierno,
El pesimismo por la tierra cunde,
Asolador como huracán de invierno,
Y en nuestros pechos miseros infunde
La fiebre lenta del dolor eterno.

Rindiendo al mal tributo,
Busca en la rosa la acerada espina,
El gusano en el fruto,
Las heces en la copa cristalina
Y en el humano corazón el luto.
Ve tan sólo en la tierra
La sima aterradora y el baldío,
La traición en la guerra,
Y en el amor los celos y el hastío.

Es la noche su luz, su fiesta el duelo,
El gemido su voz, su altar la tumba,
El arma vil con que atormenta el suelo
La piqueta que todo lo derrumba,
Y sólo en risa trueca su recelo
Cuando ve que, ante el mal que nos azota,
Helado y mudo permanece el cielo.



¿Quién ¡ay! logra matar la inútil hierba
Que el manantial de la ventura agota

Y el vigor de los ánimos enerva?
La poesía lo alcanza,
Riquísimo venero del que brota
La regalada miel de la esperanza.

Trocando en alegrías los dolores,
Sobre el triste recinto de la muerte
Echa una alfombra de esmaltadas flores;
Y á su mirada avivase lo inerte,
Como ante el sol radioso
Del caracol el rastro glutinoso
En nácar irisado se convierte.

Levántanse á su voz los corazones
Brindando al mundo con la fe divina
Y venciendo el rigor de las pasiones,
Cual retando del cielo la crudeza,
Yérguese el árbol en la cumbre alpina,
Por los poros del áspera corteza
Sudando la balsámica resina.

En ser fecunda en el dolor se aplace,
Como al sufrir las otoñales sañas
El airoso penacho de las cañas
En lluvia de simientes se deshace.

Ganosa de sentir, lo mismo apura
En la copa de Horacio la alegría
Que en el cáliz de Cristo la amargura;
É inmaculada cual la luz del día,
Si la obscurece el polvo de la tierra,
Crisálida medrosa,
En su capullo místico se encierra
Y renace pintada mariposa.



Ni constante es el mal ni prevalece.
¿Qué importa si un momento
Con nubes el espacio entenebrece?

A un suspiro del viento
Disipase el nublado, y reaparece
Con su eterno esplendor el firmamento.

Se malogran sus pérfidos afanes
Si contra el pensamiento
Desata furibundos huracanes;

Que á las ideas que vertió la mente,
Como á las secas hojas del camino,
El aura las dispersa blandamente
Y las junta en montón el torbellino.

El bien es perennal. En lo profundo
Del alma descreída
La fe vive, esperando adormecida
La voz de gracia que la llame al mundo,
Como en el huevo, donde inerte anida,
Aguarda el germen que el calor fecundo
Le imprima el movimiento de la vida.

Aquel que juzgue, por la duda yerto,
Que pesa sobre el mundo, abrumadora,
La noche sin rocío del desierto,
A la voz del poeta salvadora
Abra los ojos, y verá, despierto,
Llorando perlas despuntar la aurora.



¿Qué virtud sucumbió? ¿Qué sacrificio?
Allí, vestida el áspera estameña,
Encarnado en los miembros el cilicio
Y con la cruz por arma y por enseña,
De nuestra fe el intrépido soldado
En regiones ignotas se aventura;
Arrostra denodado
La miseria, el ultraje, la tortura;
Y hallando al cabo muerte desastrosa,
Bendice á sus verdugos cuando muere,
Como el árbol de savia generosa
Aromatiza el hacha que lo hiere.

Allá esperando días de bonanza
Y premios á su afán, la barquichuela
Á los peligros de la mar se lanza;
Y aunque todo á su paso se rebela,
Segura al puerto sin cesar avanza,
Que va empujando la tendida vela
El soplo bienhechor de la esperanza.

Y allí donde la peste se entroniza,
Ó la miseria cunde asoladora,
Ó feroz el combate se encarniza,
Una santa mujer viste al desnudo,
Cura al enfermo, con el triste llora,
Conforta al débil, atempera al rudo,
Y al par que da á los vivos sus consuelos,
En fe abrasada por los muertos ora
Para abrirles las puertas de los cielos.



¡Que solo reina el mal! Bello querube
Allá va sonriendo la inocencia,
Sin que empañe la sombra de una nube
El cielo todo azul de su conciencia,
Y la virgen hermosa
Conservando integérrimo un tesoro

Tan deleznable como el polvo de oro
Del ala de la frágil mariposa.

Entre lágrimas dulces y lamentos,
Allí nace el amor, como la espuma
Del choque de las aguas y los vientos.
¡El amor, el amor! Próvida llama
Que ilumina la tierra, la perfuma,
Y en procreadores ímpetus la inflama.
Fuerza del débil, del malvado yugo,
Del pobre hacienda, de los cielos guía
Y del estéril sér único jugo,
¡Bendecido el amor que se gloria
En dar á la mudez lengua de fuego,
Al oído cerrado melodía
Y visiones beatíficas al ciego!

¡Oh principio del sér y la poesía!
Ora en éxtasis místicos delires
Ó con rivales pérfidos batallas,
Ora gozoso, lánguido suspires
Ó en carcajadas y ósculos estalles,
Que tu aliento fecundo
Jamás nos deje adormecer en calma,
¡Ay! que sin ti se nos nubla el mundo
Y se nos hiela para siempre el alma.



¡Que acaban las virtudes, patria mía!
Aunque acabaran en la tierra todas,
La de amarte jamás acabaría.
¡Patria del corazón! Si hoy te acomodas
Á sufrir la insultante tiranía
Del mercader estúpido y avaro,
La autoridad del charlatán plebeyo
Y las artes capciosas y el descaro
Del venal y cobarde leguleyo;
Sé que mañana, al recordar tu gloria,
De tu suelo bendito
Las barreras como podrida escoria;
Acabando á tu grito
Confundida la raza de pigmeos
Que en sus redes de araña te encadena,
Y te impone sus cínicos descos
Y de desdichas y baldón te llena.

Rompiendo en tempestades,
Fulmina el rayo en sus congresos viles,
Sentinas de miserias y maldades,
Y aplasta de gusanos y reptiles
La viva muchedumbre
Que ha corrompido tu fecundo seno
Para saciarse en él de podredumbre.



Alzando á Dios el corazón sereno,
Engendra nueva raza de titanes
Que los hechos emule de los Cides,

Pelayos, Isabeles y Guzmanes.
Calpe te está gritando ¡no me olvides!
Inulta aún y palpitando tibia
Te llama á nuevas lides
Enrojeciendo la abrasada Libia
La sangre de tus bravos adalides;
Y de las garras del Leopardo presa,
— Florón de tu corona desprendido,
Ó mejor arrancado por sorpresa —
El orgulloso pueblo te requiere

Donde se oculta nuestro sol vencido
Y nuestro Tajo avergonzado muere.
La espada por razón, la fe por guía,
Y del mar con la fuerza soberana,
Dilata tus fronteras, patria mía;
Y como ayer la tierra americana
Corre á buscar, con ánimo atrevido,
De nuestras dudas en el mar sin nombre,
Ese mundo moral desconocido
Por quien suspira desolado el hombre,

II

Tu nombre al escuchar, triste Edad Media,
Se azora el corazón más alentado,
Y el más alegre espíritu se atedia;
Tan lúgubre y terrible te ha pintado
El siglo ingrato que bebió en tu seno
El licor de la vida regalado;
Siglo que niega, á la verdad ajeno,
Que, á modo de arcaduz, cuando en ti sonda,
Baja vacío y se remonta lleno.



Así, para su mengua,
Te increpa, sin hallar quien le responda
Ni quien le arranque la atrevida lengua:

«De tus sombras reniego y tus horrores,
Maldita edad, que sólo me legaste
Absurdos, y miserias y dolores.
Cuando al mundo asomaste
Al frente de los bárbaros del polo,
Selló Palas el libro de la ciencia;
Rompió su lira Apolo;
Enmudeció en Mercurio la elocuencia,
Quien de Oriente con púrpuras y gomas
No volvió más, ni fatigó á Neptuno
Corriendo á Hesperia por doradas pomas;
Rasgóse el velo de la casta Juno;
Negóse á derramar Ceres, airada,
De su cuerno abundante fruto alguno,
Y Venus, aterrada,
Montó en su concha de cuajada espuma,
Y en alas de sus cisnes y palomas
Se perdió para siempre entre la bruma.

»Babel hiciste del Imperio Lacio,
Descomponiendo en bárbaros idiomas
La rica lengua del divino Horacio;
Y amiga del misterio y de la tumba,
En vez de alzar tu espíritu á la esfera,
Lo sepultaste en honda catacumba,
Horrible madriguera

Que vomitó el reptil del fanatismo,
De la barbarie la obcecada fiera
Y el hambriento dragón del feudalismo.

»Se encastilla en la cúspide roquera
De la nobleza el águila bravía;
Como mancha de aceite por el llano
Extiéndese ambiciosa la abadía,
Y sólo espera quien nació villano,
Dar en las fauces de la sierpe fría,
Al caer de las garras del milano.

»Aquí el infame que embadurna á Apeles
Y pone la piqueta
Donde Fidas sus mágicos cinceles;
Allá demente asceta
Que sueña apocalípticos horrores
Y predice la muerte del planeta.
En todas partes sombras y dolores:
El hombre siervo, la mujer vendida,
El arte mudo, la verdad ignota
Y apercebidos ¡ay! contra la vida
El tormento, la hoguera y la picota.

»No eres mi madre, no; de ti abomino,
Maldita edad que en Agustín comienzas;
Vas cayendo de Atila á Saladino;
Con Kempis, de la vida te avergüenzas;
Abdicas tu razón en el de Aquino;
En Dante te retuerces dolorida,
Y retas desde Roma al mundo entero,
Para morir, por Gutenberg herida,
Ahogada entre los brazos de Lutero.»



Así el siglo te ultraja,
¡Ah! porque sabe que á azotar su rostro
No te has de alzar, rasgando la mortaja.
Mas yo la empresa de humillarle arrostro,
Y si á cantar tus glorias se resiste,
Trocando por el látigo la lira,

Con la hipócrita piel de que se viste,
Le arrancaré del alma la mentira.

¿Que el mundo entero luchará conmigo?
Con todo el mundo lucharé animoso;
Cuando á luchar hasta vencer me obligo,
No pregunto si es fuerte ó numeroso,
Sino dónde se encuentra el enemigo.

¿De mi voz y mis luces desesperas?
Quien reviste á las aves pasajeras,
Para el amor, de peregrinas galas,
Les dá también fortísimas remeras
Con que tiendan al trópico las alas.
Él hará, remontándome á su seno,
Que mi idea deslumbre como el rayo
Y mi voz ensordezca como el trueno.

Ya vencido el desmayo,
Mi corazón en cóleras estalla,
Rivalizando en impaciencia suma
Con el bridón que, oyendo la batalla,
Desempiedra, piafando, el pavimento,
El labio baña en jabonosa espuma
Y arroja en nubes su encendido aliento.



«Eres glorioso y grande, siglo mío,
Pero es mayor tu orgullo que tu gloria,
Mayor que tu saber tu desvarío.
¿De tu madre en el campo de la historia
No ha de haber una flor, si hasta el baldío
Se engalana con musgos en invierno,
Se cuaja de amapolas en estío?

«Al caer como furias del averno
Sobre Roma el Escita y el Germano,
No era el Imperio caudaloso río,
Sino fuente dormida en el pantano.
Jove, en vez de vibrar sus rayos de oro,
Ya extinguidas las fraguas de Vulcano,
Brutal mugía, convertido en toro.
En lugar de acudir á las alarmas,
Sin fuerzas Marte y sin valor el pecho,
Huía del estruendo de las armas.
Al sofisma, y al robo y al cobecho
Se entregaba Mercurio.
Apolo, trastornado, prefería
Al habla virgiliana el verso espurio
Que la moral y el arte corrompía.
Minerva en el absurdo deliraba,
Y haciendo de sus gracias mercancía,
La diosa del amor se revoleaba
En el inmundado cieno de la orgía.

«Igual aquella religión al gozo
Del amor terrenal que la inspiraba,
Nace de un beso y muere en un sollozo;
Mas, fugaz como el lúbrico embeleso,

Prorrumpe fatigada en el suspiro
Cuando aun vibra el estrépito del beso.

»De la social vorágine en el giro
Ve rodar hasta hundirse en lo profundo
Artes y ciencias, leyes y costumbres,
Estremecido de terror el mundo.
—¿En donde están las fuentes del consuelo,
Que me siento morir?—grita en su duelo.—
Y una voz bendecida,
—Alza—le dice—la mirada al cielo,
Inagotable manantial de vida.—

»A acento tan sublime,
Sus armas cuelga el bárbaro temido,
Halla consuelo el que apenado gime,
Levántase del polvo el oprimido,
El poderoso sus riquezas dona,
Se ablanda el corazón empedernido,
Y ardiente fe pregona
Quien en el foro blasonó de ateo;
Que al cielo se dirige, redimida
Por la sangre del Mártir Galileo,
La triste humanidad, antes perdida
En el mar sin orillas del deseco.

»Ya la cabeza de la sierpe hollada,
La mujer, como Aspasia, no se entrega
Para ser de los hombres adorada.
Castamente en su manto se repliega,
Por pura más que por hermosa amada,
Y cual árbol que en Mayo refflorece,
Por Dios bendita, cuando á madre llega,
De nuevo inmaculada resplandece.

»El bárbaro se trueca en caballero;
Deifica á la mujer, por ella justa;
Acoge, cariñoso, al pordiosero
Y al peregrino en su morada adusta;
Del monje aprende; escucha placentero
Del bardo los cantares,
Y con valor que arrebatara á Homero,
Fatigando las tierras y los mares,
Corre á Salem, sus muros desmorena,
Y cambia, vencedor de mil azares,
Lanza y casco por cetro y por corona,
Ó sube como santo á los altares.

»Los errores reducen al silencio
Ya Agustín, ya Atanasio, ya Basilio;
Con religiosos cánticos Prudencio
Santifica la lengua de Virgilio;
La mística Paloma, que en Nicea
El mundo transformó, sigue arrullando
Aun después de ahuyentada en Basilea;
Estremécese el orbe ante Hildebrando;
En alas del ardiente misticismo
Á Dios vuelan las almas con denuedo,
Y encarnan la virtud y el heroísmo
En el Cid, Carlo-Magno y Godofredo.

Quién abre nuevas vías
Con nuevas lenguas al talento humano;
Quién funda poderosas monarquías
Que convierten al siervo en ciudadano;
Este amasa la pólvora estallante;
Vence aquél con la aguja al Océano;
Las horas, otro, instante por instante,
Con maquinaria complicada mide;
Gutenberg con la imprenta se levanta,
Y el porvenir del mundo se decide,
Al surgir entre palmas y laureles,
Á coronar magnificencia tanta,
Copérnicos, Colones é Isabeles.



»Ante la obra cristiana, siglo mío,
Que todo lo invadió cual la marea,
Tu trabajo de análisis impío
Es labor mujeril de taracea.

»Todo entonces lo anima y embellece,
Alma del mundo, la cristiana idea,
Que cuando el sol sin nubes resplandece,
Hasta el húmedo fango centellea.

»Acallando la voz de la Sibila,
—Amame—dice al mundo—cual te amo.—
Y ni tan sólo un corazón vacila
En volar presuroso á su reclamo;
Y al cielo á velar sube
Por el débil, el triste, el oprimido,
Cual la alondra que está desde la nube
Con la mirada custodiando el nido.

»Levanta el hospital para el enfermo
Que en olvidado muladar yacia;
A la apacible soledad del yermo
Los conturbados corazones guía;
Al huérfano que gime abandonado,
—¡No llores más—le dice cariñosa;—
Yo tu madre seré, vive á mi lado
Y en mi seno amantísimo reposa!—
—¡Acabaron tus penas,
Vuelve á tu amado hogar!—dice al cautivo,
Quebrantando sus ásperas cadenas;
Que no deja atrás sí, por donde avanza,
Boca sin pan, dolor sin lenitivo,
Alma sin luz, ni amor sin esperanza.

»A todos presta amparo. El comerciante
Á la alta catedral pega su lonja;
A los atrios del templo el comediante
Va á buscar del aplauso la lisonja,
Y alimento y abrigo el mendicante.
El reo á la picota condenado,
Libre se encuentra si tocar consigne
Las cadenas de un pórtico sagrado;
Y si á las artes y al saber persigue

De la noche vandálica el nublado,
Se acogen, cual palomas, al convento
La ciencia y la poesía,
De donde salen á cruzar el viento,
Aun más hermosas al romper el día.

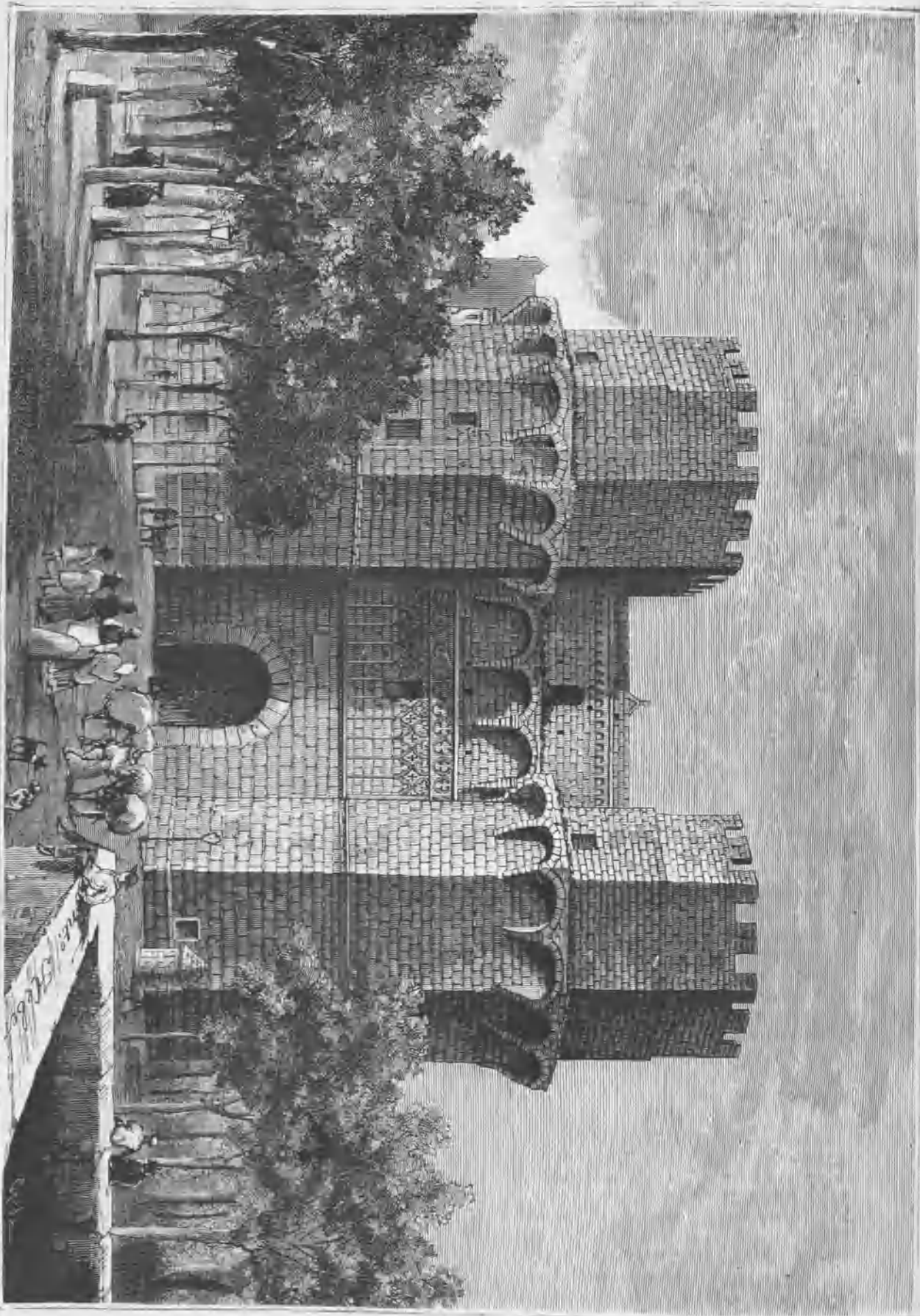
»Al partir, se encomienda
A su amparo también el peregrino,
Que ella en el bosque le abrirá la senda,
Le indicará con cruces el camino,
Y lo mismo en la arena del desierto
Que en el helado ventisquero alpino,
La Ermita le pondrá, seguro puerto
Que hallará á toda hora
A su fatiga y su desgracia abierto.
Que así, el que muertas ilusiones llora,
Como el que en balde en trabajar se afana,
Ó el que se pierde en soledad traidora,
Todo infeliz acude á la campana
Con que á los tristes dice halagadora:
—¡Venid á mí!—la religión cristiana.»



¡Iglesia de Jesús, madre bendita,
Feliz quien en tu seno
Nace, vive, fallece y resucita!
Con eco amante de promesas lleno,
Si me aparto de ti, llama á mi oído,
Y si no acudo, con la voz del trueno;
Que al pájaro engreído,
Si no el reclamo dulce, la tormenta
Le hace volver precipitado al nido.
Haz que encuentre mi boca regalado
El pan que me sustenta,
Con lágrimas y hieles amasado.
Haz que la débil alma que me alienta
Mire gozosa, al vuelo aperebida,
Cómo la muerte, del dolor armada,
Va destorciendo el hilo de mi vida;
Y al ver mi hora llegada,
Acude presurosa á mi retiro,
Como acogiste mi naciente lloro,
A recibir mi postrimer suspiro.

Después, madre amorosa,
Si no al pie de tu altar, como lo imploro,
Cava cerca de ti mi humilde fosa;
Muy cerca, donde el órgano sonoro
Me arrulle con el ronco Miserere;
Donde oyendo los cánticos del coro
De mis errores el perdón espere;
Donde acudan mis hijos en su duelo
A implorar del Señor que el alma mia
Con alas de ángel se remonte al cielo.

JOSÉ VELARDE.



VALENCIA.—PUERTA Y TORRES DE SERRANOS.—(Dibujo de A. Herbert.)

LA HERMANA LOCA.

I.



RA en la época de la primera guerra carlista, en un pueblo de la montaña de Cataluña.

Un día halláronse allí los cristinos y los carlistas, y trabaron cruel combate, en el que los primeros llevaron la peor parte.

Muy cerca de antiquísima casa solar de linajuda familia cayó gravemente herido un bizarrísimo oficial de las tropas leales. Dejéronle por muerto los suyos, y acosados por el enemigo, enardecido por las ventajas obtenidas, salieron del pueblo en forzosa huida, perseguidos por los carlistas, cuyo número era mucho más considerable.

Cuando los combatientes, unos y otros, se alejaron, algunas mujeres piadosas dedicáronse con ardiente caridad á recoger los heridos que habían quedado en las calles.

El oficial había podido, arastrándose, guarecerse en el pórtico de aquella mansión señorial; pero la puerta estaba cerrada, y el herido no tenía fuerzas para gritar, y menos para incorporarse y dar golpes con el enorme aldabón.

—¡Socorro!—exclamó á tiempo que pasaban las mujeres caritativas por delante del palacio.

En medio del triste silencio que había sucedido al estruendo del combate, oyéronle las mujeres y acudieron. Y era tiempo, que cuando una de ellas se inclinaba sobre el herido, éste perdía el conocimiento, y su cabeza habría caído sobre la vetusta piedra si aquella no la hubiese sostenido en sus brazos.

—¡Se muere!—exclamó la mujer.

—¡Llamaremos en casa del Conde!—dijo otra; y cogiendo el pesado aldabón de la puerta, dió un golpe.

Pocos momentos después, el Conde, un anciano alto, rígido, de severo aspecto, de mirada profunda y dura, ayudado por dos de sus servidores, recogía al herido, y entre los tres y dos de las mujeres le entraban en la casa y le llevaban á una cama. Allí quedó el oficial, y las mujeres fuéronse á proseguir su obra de caridad y amor al prójimo.

El Conde y su hija, la hermosa Elena, cuidaron al herido con el más solícito esmero. La curación fué larga y penosa; pero la robusta naturaleza del gallardo militar y la incomparable asistencia de sus bienhechores triunfaron al fin.

Sucedió lo que en casos análogos ha sucedido muchas veces. El oficial se enamoró perdidamente de su gentil enfermera, y ésta amó con delirio al hombre que por su valor, por su gallardía y por su desgracia era á sus ojos el más simpático é interesante de cuantos había conocido hasta entonces. Ella y él confesaron al Conde el amor que se profesaban, y pidieron su consentimiento. El Conde contestó severamente:

—Es imposible.... Sólo con una condición—dijo al oficial—podría consentir; pero usted no la aceptará.

—¿Cuál es?

—¿Sería usted capaz de abandonar la bandera de la Reina?

—Nunca.

—Pues eso sería preciso para que yo concediera á usted la mano de mi hija. Yo soy carlista. Usted es un valeroso y noble joven, y estimo en mucho sus excelentes cualidades; pero la guerra en que estamos empeñados fatalmente abre un abismo entre los dos. Olvide usted á mi hija, y ya que está usted restablecido, cumpla su deber, como yo cumplo el mío y le cumpliré mientras aliente. Dios quiera que no nos encontremos en el campo de batalla. Por mi hija no estoy ya con los que pelean por el altar y el trono.

—Siempre será sagrado para mí el padre de la mujer que adora con toda mi alma, el hombre digno y generoso que ha salvado la vida á su enemigo.

—Joven, Dios quiera que no nos encontremos.

II.

Luis Bermúdez fué destinado á un fuerte destacamento que ocupó aquel pueblo y otros próximos, y el lector adivina sin duda que los enamorados hallaron medio de comunicarse, á pesar de la severa actitud del padre de Elena, que por otra parte confiaba demasiado en la caballerosidad de su huésped y en la fortaleza de su hija.

La pasión devoradora que dominaba á Luis y á Elena por idéntico modo, cególes de tal suerte que ella desmintió la fortaleza de las hembras de su raza, y él, que era hombre bien nacido y rendía ferviente culto á las leyes del honor, no supo resistir los impulsos de un amor delirante, y olvidó en hora aciaga los grandes respetos que debía al anciano que le había amparado cuando se hallaba á punto de perecer.

El viejo se dió cuenta de que la deshonra había entrado en su hogar, cuando ya estaba lejos el ingrato á quien debía tan grande vergüenza. El destacamento había sido relevado, y Luis se batía á algunas leguas del pueblo. Encerróse el Conde con su hija, despidió á sus servidores, exceptuando la que había sido nodriza de Elena, y esperó sin proferir una queja, sin reconvenir á su hija, que la infeliz temblaba suponiendo que algo terrible meditaba su padre, cuyo carácter conocía bien.

Una tarde el Conde llamó á la nodriza y le dijo:

—Ha llegado el momento. Cuida de mi hija; tú sabes que no podemos llamar á persona extraña, y es preciso que suplas la falta de médico. Tú sabrás lo que has de hacer. Yo espero en este aposento inmediato.... Tú me avisarás y me entregarás la criatura.

Y allí esperó el viejo horas mortales el aviso de la fiel criada que asistía á su hija.

A las dos de la mañana la nodriza salió del aposento y dijo al Conde:

— Un niño.

Y le entregó el ángel que acababa de nacer.... La buena mujer le había fajado perfectamente y envuelto en fina franela.

— ¡ Señor, por caridad!... — murmuró suplicante.

El Conde no contestó.

Eran las tres de obscura y tempestuosa madrugada, cuando se abrió el portón del gran patio, y durante buen espacio oyóse el trotar de un caballo camino de la ciudad, que distaba del pueblo unas tres leguas.

III.

Pocos días después aparecía en la montaña una fuerte partida carlista, perfectamente equipada y armada, cuyo jefe era el padre de Elena. El prestigio de éste era grande en el país, y su salida á campaña un suceso tan ventajoso para la causa carlista como funesto para los liberales.

El general que mandaba las fuerzas leales puso empeño en copar esta partida antes de que aumentase en número y lograrse alguna ventaja sobre las tropas. Hizo salir varias columnas volantes destinadas á cerrar, si era posible, todos los caminos al Conde, obligándole á rendirse.

Luis Bermúdez iba en una de estas columnas, y ardientemente deseaba que otra fuera la que encontrase al Conde; pero precisamente sucedió lo que más podía temer.... El choque fué rudo; en aquella función de guerra perecieron los jefes de la columna, excepto el bizarro Luis, que tuvo que asumir el mando de la tropa. Los soldados, codiciosos de vengar la fatal suerte de sus jefes y de sus camaradas, hicieron prodigios de temerario valor, y no luchaban con menos rabia los carlistas, desesperados al verse perdidos. El combate era cuerpo á cuerpo, y al infeliz que caía rematabanle á bayonetazos. El jefe fué cogido prisionero; pero los soldados respetaron su vida, cumpliendo la orden que tenían de presentarle vivo. Así lo hicieron, llevándole á donde estaba el capitán Bermúdez, jefe de los restos de la columna.

Presentóse el cabecilla erguido, sereno, impasible. Luis temblaba, avergonzado como si él fuera el vencido.

— Dejad á ese hombre y venid — dijo el capitán á los seis soldados que habían hecho prisionero al anciano.

Los soldados obedecieron; el Conde quedó inmóvil, mirando altivo al capitán.

— Amigos míos — dijo éste á los soldados, — ese hombre salvó mi vida, y yo sería un miserable si no salvase la suya. Si queréis vengar en él la muerte de vuestros camaradas presentándole al general, que le hará fusilar, podéis hacerlo; pero yo no ire con vosotros; yo aquí mismo me quitaré la vida. — Y cogió la pistola, esperando la contestación de sus soldados.

— Mi capitán — dijo uno, — lo que usted haga, bien hecho está. Si quiere usted dejarle libre, ninguno de nosotros lo impedirá.

— Es que tampoco ha de saberse que le hemos cogido.

— Tampoco se sabrá — repuso el soldado.

Luis preguntó á los demás si estaban conformes con lo que había expresado su camarada, y todos contestaron afirmativamente.

El capitán abrazó á los soldados, y luego, adelantándose dijo al Conde, que le miraba con fiera:

— Está usted libre.

— Libre y deshonrado, ladrón de mi honor — contestó el viejo acercándose al capitán. — No puedo agradecerle la libertad que me concede; y si otra vez nos encontramos y la suerte me es propicia, si caes en mi poder, yo no te dejaré libre; yo te mataré. Y ten por seguro que cumpliré lo que te prometo. Así, pues, ahora que me tienes en tu poder, no seas generoso, es decir, no seas cobarde, y completa tu obra. Me arrebataste la honra, quitame la vida, ó entrégame á tus soldados, sedientos de venganza.

— Basta, señor Conde. Cae la noche; puede usted marchar sin riesgo, mientras yo reúno mis soldados.

— No lo olvides; si caes en mi poder, te haré fusilar.

— Sea lo que Dios quiera.

Los ecos de la montaña repitieron el sonido de la corneta que llamaba á los soldados.

El Conde se internó en la espesura.

La partida carlista había quedado deshecha; pero quince días después habíala reorganizado el implacable anciano, aumentándola considerablemente, y otra vez el general cristino dirigió todos sus esfuerzos á aniquilar una fuerza que constituía un gran peligro para el ejército.

Un día el capitán Bermúdez, cumpliendo orden superior, avanzó con su compañía por un desfiladero donde habían preparado los carlistas sigilosamente hábil emboscada, y allí fueron cogidos él y sus soldados.

Allí estaba el padre de Elena.

Mandó desarmar á los soldados, y los puso en libertad, haciéndolos escoltar hasta alguna distancia. Luego, acercándose á Luis, que, sereno, digno, resignado, esperaba la muerte, le dijo:

— ¿ Recuerdas lo que te prometí?

— No lo he olvidado.

— Aun hay salvación para ti.

— Lo dudo.

— Abandona el ejército y ven con nosotros. Te daré mi hija, y te devolveré tu hijo, que está en la Inclusa de....

— ¡ Mi hijo! — exclamó Luis con indefinible acento de angustia.

— Sí; yo solo sé el día y la hora en que fué expuesto en la puerta de la Inclusa. El 13 de Enero fué abandonado allí tu hijo, nacido la noche anterior.

— Señor Conde, cumpla usted su promesa y no me haga sufrir ofreciéndome la felicidad al precio de la infamia. ¡ Yo ser traidor! ¡ jamás! ¡ Ni por la mujer adorada, ni por el hijo idolatrado! ¡ jamás, jamás!

— Mayor fué la infamia, y más negra y villana la traición que cometiste en la casa honrada donde en un enemigo hallaste noble y generosa hospitalidad y recobraste la vida.

— Grande fué mi falta, y no me disculpo, aunque podría, porque obscureció mi entendimiento pasión irresistible. Fui un malvado y merezco el castigo que usted me ha prometido, la muerte; pero dejarme la vida y hacerme traidor, eso no, señor Conde, eso no lo acepto. Morir con honra, ¡ qué gloria! Vivir deshonrado, ¡ qué vergüenza!



COQUETERÍA INFANTIL

—Pues cúmplase tu destino. Ya no puedo perdonarte.

—Dios me perdonará.

El cabecilla hizo una seña á uno de sus satélites que estaba á cierta distancia, y á los pocos momentos llegaron ocho carlistas.

—Yo soy cristiano—dijo Luis—y quiero confesarme, á no ser que los que se dicen defensores de la religión maten á los cristianos como á perros.

—Llamad á Mosen Antonio—dijo el viejo.

Mosen Antonio era un cura que seguía á la partida del Conde, un fanático clérigo, agreste é indocto, gran reclutador de partidarios para la causa del Pretendiente, y que de buena fe creía que era empresa meritoria la en que estaba empeñado. Pero no era sanguinario y cruel, como lo han sido otros curas de fatal recordación en nuestras guerras civiles.

Era la primera vez, desde que seguía á la partida, que se le entregaba un reo de muerte, y el clérigo se echó á temblar cuando supo con qué objeto le llamaba el jefe. Quiso interceder por el capitán cristino, ofreciendo que conseguiría hacerle carlista si podía prometerle la vida. El cabecilla le contestó que no había salvación para el capitán; insistió el cura; el Conde replicó airado; Mosen Antonio, que era tozudo y se había propuesto salvar al prisionero, no se dio por vencido; el Conde amenazó con que fusilaría al gallardo militar sin confesión, y Mosen Antonio corrió á abrazar al desventurado Luis y gritó al implacable viejo:

—¡A ver si te atreves á fusilarnos á los dos!

Y en voz baja decía á Luis:

—¡Hijo mío! por tu madre, si la tienes; por tu mujer, por tus hijos, si eres padre, grita conmigo, grita:—«¡Viva Carlos V!» Así te salvarás.

Luis quería desasirse de los brazos del cura; pero éste le apretaba con más fuerza y le repetía:

—Por Dios, que te va la vida; que si te dejo te mata ese tigre. Grita conmigo, por María Santísima:

—¡Viva Carlos V!—gritó el cura con voz estentórea.

Y Luis, para desprenderse de aquellos brazos que le sujetaban como los de unas enormes tenazas, gritó también:

—¡Viva la Reina! ¡viva la libertad!...

Y en el mismo instante se produjo entre los carlistas la más espantosa confusión.

Llovía sobre ellos la metralla, y en el primer momento caían muertos el cabecilla y los ocho hombres destinados á fusilar al capitán.

Las tropas leales habían llegado á tiempo. Luis no fué fusilado por el implacable padre de Elena; pero en aquella lluvia de plomo, alcanzóle una bala cuando aun le tenía en sus brazos el cura, que no se había dado cuenta de lo que allí pasaba.

Desplomado cayó Luis, atravesado el corazón, y el cura huyó horrorizado.

Y él fué uno de los pocos que lograron salvarse en aquella terrible sorpresa, que dió fama imperecedera al general que la imaginó y la llevó á cabo. Por una oportuna confidencia supo que el temible cabecilla preparaba su emboscada en el desfiladero, y allí fué él á sorprenderle, consiguiendo un gran triunfo moral y material, pues con la muerte de aquél la causa carlista perdió un jefe de inmenso prestigio, de temerario valor y de grandes recursos.

La Providencia, entonces como siempre, se mostró grande

y justa. Allí donde el Conde creyó obtener la satisfacción de la venganza que perseguía, surgió terrible catástrofe en que pereció.

La muerte del capitán Bermúdez fué muy sentida en el ejército, donde ya se había conocido y estimado su bravura; y en la orden general en que se hizo saber la derrota de la partida del Conde y la muerte de éste, se citó el nombre de aquel valiente, y se encareció, aunque no con muy buena literatura, su bizarría y su heroísmo.

IV.

Elena, abandonada por el irritado padre, privada del hijo de su amor, no habría sobrevivido á tanto infortunio si no hubiese velado por ella con maternal solícitud la buena mujer que había sido su nodriza. Esta, en la grave enfermedad que Elena sufrió á consecuencia del parto, suplió la falta de médico y salvó á su amada enferma, bien que, mujer piadosa, atribuya á la Divina Providencia la milagrosa curación; porque Elena había estado realmente en grave peligro de muerte, y ella, además de los cuidados materiales de su amor y su experiencia, había rezado mucho y hecho muchas promesas, y pedido con gran fervor y con la sublime elocuencia de su fe cristiana, la salud para aquella pobre criatura á quien había dado la sangre de sus venas y por quien daría sonriente y feliz su vida entera.

—Dios me ha oído—decía la buena mujer al contemplar el semblante de la joven—ya no se muere, ya no se muere; y su padre, cuando vuelva, tendrá que perdonarla; ¿qué ha de hacer el viejo?... y casarla con ese diablo de militar, si no me le matan antes en esta guerra maldita....

Elena, durante su enfermedad, había intentado muchas veces hablar de su hijo, pero la nodriza le imponía silencio, la tranquilizaba diciéndole que el niño estaba muy bien cuidado y que cuando estuviera ella restablecida podría verle.—¡Y Dios me perdone la mentira!—pensaba la excelente mujer, que no sabía dónde estaba la inocente criatura, ni si era viva ó muerta. Y cuando Elena estuvo convaleciente, ya no hubo medio de eludir la respuesta á sus preguntas.

—¿Dónde está mi padre?... ¿dónde está mi hijo?...—preguntaba Elena á su nodriza, que no podía contestar.—Tú me has dicho que no hay peligro para mi hijo, y debes saber dónde está, y también debes saber adónde ha ido mi padre.... Yo lo quiero saber, yo necesito pedir perdón á mi padre, arrastrarme humilde á sus pies, calmar su justa cólera contra mí, humillándome y expiando mi falta como él quiera, como él lo mande, y pidiéndole por Dios, por la memoria de mi madre, la vida de mi hijo, inocente de la culpa de sus padres. Supongo que no me habrás conservado la existencia para matarme ahora con tu silencio, que me lleve de confusiones y me hará creer que lo he perdido todo, todo, mi padre, mi hijo, todo, menos esta inútil y triste vida.

—Elena niña de mi alma—dijo por fin la atribulada nodriza, que ya no encontraba manera de calmar la excitación de la desventurada.—¿no comprendes que si yo supiera algo de lo que me preguntas, lo sabrías tú también?... Si hubiera jurado callar, crep, Dios me perdone, que no

habría tenido valor para cumplir mi juramento, contemplando la pena que te devora.... Hija mía, es que no sé nada; tu padre marchó, marchó aquella noche terrible, y tu hijo.... tu hijo, él se lo llevó....

— ¡Mi padre!....

— Sí, hija mía. ¿Quién se oponía á su voluntad?....

— ¿Y no ha vuelto?....

— No.

— ¡Dios mío! ¿Y qué te dijo al marchar?

— Me dió la llave de aquel mueble antiguo que tiene en su gabinete, y me dijo que allí había dinero y su testamento. Yo no he necesitado dinero y no he abierto el mueble.

En aquel momento resonó un fuerte aldabonazo. Las dos mujeres miráronse con espanto.

— ¡María Santísima me valga! — exclamó la nodriza.

Shutó otro golpe.

— Roseta, baja á abrir.... ¡Será mi padre!....

— ¡Jesús! tengo un miedo horrible — dijo la mujer; y tropezando con los muebles, temblorosa y aturdida, salió de la estancia y cruzó las largas galerías hasta llegar á la escalera. Parecía que se movían los escalones, y dos ó tres veces estuvo á punto de caer.... Al fin llegó á la puerta, que no se abría desde que marchó el Conde; descorrió con trabajo el fuerte cerrojo y abrió.

Quien llamaba no era el Conde; era Mosén Antonio, muy conocido de Roseta, que le desconoció en aquel punto, porque el clérigo llegaba todo roto y maltrecho, barbudo, sucio, vestido con un desgarrado chaquetón, cubierta la cabeza con barretina morada obscura y llevando en la mano un garrote nudoso con un pincho á modo de contera que sin duda le había servido para trepar por los breñales y defenderse de lobos.

— ¡Jesús, María y José! — exclamó Roseta, viendo aquel extraño personaje, que más parecía bandido que persona regular.

— No te asustes, Roseta — dijo el clérigo; — soy Mosén Antonio.

— ¿El señor cura, el amigo del Conde?

— Sí, mujer, sí; cierra la puerta, y adentro, que vengo destrozado y rendido.

— ¿Y el Conde?....

— El Conde.... rézale un *Padrenuestro*.

— ¡Jesús!

— Vengo á decir á la Condesa que ya no tiene padre. ¡Lástima de hombre! ¡Una fiera, Roseta, una fiera!... Carlos V perdió el hombre que le hubiera llevado al trono....

El clérigo, que conocía perfectamente la casa de su amigo, subió la gran escalera, más ágil que la pobre nodriza, que no sabía lo que le pasaba.

— Espere, espere, señor cura, no vaya á asustar á mi Elena — le decía Roseta.

Detúvose el clérigo, reconociendo lo razonable de la observación de la mujer, y dejó pasar á ésta, que temblando como azogada, llegó á la habitación donde esperaba Elena el terrible trance de verse en presencia de su airado padre, pues creía que sólo éste podía ser el que había llamado con tan fuertes golpes.

— Hija mía, hija mía — entró diciendo Roseta, — tranquilízate, es persona conocida; Mosén Antonio, que te quiere tanto....

— Sí, yo soy — dijo el cura, entrando detrás.

Elena no pudo contener un grito de espanto, viendo el siniestro porte del sacerdote.

— ¿Te extraña verme de esta conformidad? No me asombra. Más me asombra yo de verme vivo. Vengo de la guerra.... Han tenido lástima de mí y me han canjeado.... Yo creí que me iban á fusilar.... Gracias que no me encontraron armado.... No me encontraron más que este Santo Cristo. Por éste no me fusilaron....

Y sacó del bolsillo interior del chaquetón un toseco Crucifijo, que besó y guardó luego.

— Hija, Elena, hay que tener resignación; tu padre era un héroe, un defensor de la religión y del trono....

— ¡Mi padre! — exclamó la joven con un grito desgarrador — ¡mi padre ha muerto!....

— Sí, fué una sorpresa, un instante, no pudo defenderse.... La metralla, que no sé desde dónde la vomitaban aquellos demonios que han de arder en los infiernos, mató al Conde y á cien valientes más....

Elena no oía ya. Postrada en tierra gemía, sollozaba, se culpaba de la muerte de su padre, se maldecía, y en vano intentaba consolarla Roseta con sus caricias, con sus tiernas palabras.

— Déjenos solas, Padre Antonio — dijo Roseta al cura; — déjenos solas, á ver si logro que esta pobrecita de mi alma no se me vuelva loca.

Salió el clérigo, sentóse, ó mejor dicho, se tendió en un ancho sillón de cuero, y poco después dormía el hombre como quien no había dormido en setenta horas y estaba rendido de fatiga.

Roseta, cuando pudo dejar en el lecho á la huérfana, postrada por el dolor y la fiebre, salió á ver dónde se había metido el áspero Mosén, y viéndole dormido intentó despertarle para ofrecerle alimento y mejor cama que el sillón de cuero; mas no le fué posible conseguir que aquella mole se moviera. Dormía profundamente, y no roncaba, bramaba el bueno del cura, con la cabeza echada atrás sobre el respaldo del sillón, alto el pecho, cruzadas las manos sobre el vientre descomunal y extendidas las piernas, apoyando los talones en el suelo. Y en esta postura durmió el clérigo diez y seis horas mortales, despertando súbitamente en lo más crítico de tremenda pesadilla, gritando: — ¡Viva Carlos V! — y mirando en derredor, asombrado de hallarse en aquel salón, y no dándose cuenta de su verdadera situación hasta que vió aparecer en la puerta de la habitación de Elena la amable figura de la buenísima y caritativa Roseta.

V.

Dos días después, habiendo cedido un tanto los ataques nerviosos de la infeliz Elena, descansado y aseado el cura, y llamados como testigos dos ancianos del pueblo, abrióse el testamento del Conde. Bajo el mismo sobre había otro en el que se leía este renglón:

«Para mi hija sola.»

El testamento hacía dueño á Elena de la fortuna de su padre; aseguraba el porvenir de la fiel Roseta, y dejaba á Mosén Antonio una cantidad para que la dedicara á sufragios.



DIBUJO ORIGINAL DE LA SEÑORITA DOÑA ADELA CROOKE.

Elena, encerrada en su habitación, abrió la carta de su padre y leyó:

«Hija, por ti no hay honra en mi hogar, y voy á la guerra, donde la hay en la muerte para los hombres como yo. Si muero, mi fortuna es tuya; y si quieres redimir tu falta, aun puedes. En la Inclusa de..... está tu hijo desde el 13 de Enero. Te perdono si en aquella santa casa, siendo Hermana de la Caridad, te haces digna de la divina misericordia.»

Elena pensó que debía obedecer la voluntad de su padre para obtener su perdón. Podría vivir cerca de su hijo, amarlo, protegerle..... Esta era para ella la suprema felicidad, toda la felicidad posible para una madre que no podía declarar que lo era.....

En medio de la confusión de ideas que rápidamente debilitaba el cerebro de la desgraciada, aparecía la figura gallarda del capitán Bermúdez, y Elena dudaba entonces entre el deber de obedecer á su padre y el amor al hombre á quien había entregado su honra..... Era para volverse loca. ¿Viviría Luis?..... ¿Vendría á ofrecerle la única reparación posible?..... Pero ¿y su hijo?..... ¿Podría reconocerle?..... ¿El Conde habría dejado en el asilo de maternidad papel ó señal alguna por donde pudiera Elena saber cuál era su hijo?.....

Faltaba á la triste el postrer golpe, y le recibió leyendo en una *Gaceta* extraordinaria que refería la horrible jornada en que el Conde perdió la vida, la gloriosa muerte del capitán Bermúdez. Llevóle Mosén Antonio este papel, recibido por el alcalde del pueblo con gran retraso, y como el cura había sido testigo y actor en el tremendo drama, añadió detalles que enloquecieron á Elena, tales como el de haber sido llamado á prestar los auxilios espirituales al capitán condenado á muerte por el Conde, sus esfuerzos por salvarle, la sorpresa del ataque de las tropas liberales, la muerte del Conde, producida por la metralla, y la de Bermúdez en sus brazos.

Elena no podía dudar ya.

Para la inmensidad de su infortunio no había más refugio que la religión.

En su propio dolor halló fuerza y energía para cumplir su deber.

Acompañada de Roseta y el clérigo se encaminó á la capital y se presentó á la autoridad eclesiástica, que recibió amorosamente á la ilustre Condesa, que deseaba hacer donación de toda su fortuna al Asilo de maternidad y alistarse entre esos ángeles de la tierra que se llaman Hermanas de la Caridad.

VI.

Elena no encontró á su hijo en la Inclusa.

En el libro de entradas constaba que el 13 de Enero de madrugada fué expuesto un recién nacido, envuelto en ropas finas, pero sin indicación, señal ni papel alguno. Este niño fué entregado el mismo día, después del bautismo, á una excelente mujer que acababa de perder el suyo, casada y vecina de un pueblo inmediato, para que le criara, y un mes después el marido de aquella mujer había profijado la criatura con todas las formalidades debidas.

El niño se llamaba Ventura de Dios.

La triste Elena logró averiguar por medio de Roseta, que

entró de criada en el asilo, cuál era la cuna donde había estado el expósito durante su breve paso por aquella santa casa, y allí junto á aquella cuna estaba siempre Elena pálida como una muerta, y colmaba de caricias á los niños que la ocupaban sucesivamente. Roseta, única poseedora del secreto de Sor Elena, averiguó en el pueblo donde residían los padres adoptivos del niño, que habían trasladado su residencia no se sabía adónde, probablemente á América.

Elena cayó en una profunda tristeza precursora de la cura.

Desempeñaba sus obligaciones como todas; no hablaba, no dormía; siempre estaba atenta á la campana que avisaba la entrada de un nuevo expósito, y corría presurosa, se arrojaba delante de la criatura y decía á sus compañeras:— «¡Miradle! ¡miradle! Este es mi hijo.» Y le besaba, y le cogía en sus brazos, y había que procurar quitarle la criatura, porque tal era la violencia de sus caricias que las Hermanas llegaron á temer que ahogase á algún niño en sus brazos.

Elena fué para todos la *Hermana loca*.

Así vivió treinta y un años más en el asilo, recibiendo expósitos, llamándolos *hijos* y contemplando largas horas aquella cuna donde suponía que había estado su hijo antes de que le recogiera su madre adoptiva.

VII.

Treinta y un años después de la profesión de Sor Elena como Hermana de la Caridad, visitaba una tarde la casa de maternidad el nuevo capitán general del distrito, á quien acompañaba un coronel joven, de gallardo porte y severo aspecto.

La superiora y Sor Elena guiaban en su visita á la autoridad militar.

El capitán general elogiaba el buen orden del asilo, y decía:

—Se conoce que aquí hay recursos porque esta casa está montada con verdadero lujo.

—Sí, señor general—contestó la superiora—el asilo tiene una buena renta, donación de esta Hermana que nos acompaña, Sor Elena, hija del Conde de..... A la muerte de su padre nos cedió toda la fortuna que había heredado y tomó nuestro hábito.

—Hermosa acción, señora—dijo el general, haciendo una elegante cortesía á Sor Elena. Y añadió dirigiéndose al coronel:

—Comprendo el empujón que tenía usted, mi querido coronel, en que visitara este asilo modelo.

—Mi general, el verdadero motivo va usted á saberlo.

Elena miraba fijamente al coronel, porque, en medio de las sombras de su inteligencia, le reconocía el aspecto y la voz de su padre.

—Señora—dijo el coronel á la superiora,—aquí, como en todos los asilos, habrá un libro de entradas; todos los expósitos tendrán su pequeña historia. ¿Podría yo ver los asientos del año 18....?

—Sí, señor—contestó la anciana.—Tengan ustedes la bondad de seguirnos á la secretaría.

La superiora buscó el libro y le colocó sobre una mesa. El

coronel le abrió por las primeras hojas, y no tardó en hallar lo que buscaba. Señalando uno de los renglones dijo con visible emoción:

«13 de Enero de 18 ... Ventura de Dios.» Este hijo de esta santa casa soy yo, mi general.

Sor Elena dió un grito desgarrador y cayó desplomada.

El coronel la levantó en sus robustos brazos y la sentó en un ancho sillón; pero tuvo que sostenerla para que no volviera á caer.

Sor Elena había muerto en brazos de su hijo.

CARLOS FRONTAURA.



«¡MUY BUENOS DÍAS!»—(Del natural.)



EXCMO. É ILMO. SR. D. NARCISO MARTINEZ IZQUIERDO,

PRIMER OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.

Nació en Rueda (Guadalajara), el 29 de Octubre de 1831; † en Madrid, víctima de criminal atentado,
el 18 de Abril de 1886.



El Album de una niña

OFRECIDO POR EL AUTOR
A LA PRECIOSA HIJA DEL DISTINGUIDO MÉDICO
Y SENADOR URUGUAYO
PEDRO VISCA.

I.

Eres niña, mas no importa!
Pasen los años tan leves!.....
Y es la existencia tan corta!...
Y las venturas tan breves!
 Cuando entre dichas ó enojos
Leas estos desvarios,
Tu irás abriendo los ojos,
Yo habré cerrado los mílos.
 Piensa entonces y repara
Con qué júbilo y placer
Quien niña te acariciara
Quisiera volverte á ver!

II.

Ama á tu madre ; yo amé á la mía,
Y desde el punto que la perdí,
Pálida encuentro la luz del día
Y algo parece que ha muerto en mí.

III.

Anoche soñé contigo;
I'esde que la edad me abate,
Como ayer con las mujeres
Suelo soñar con los ángeles.

IV.

Las flores y las niñas
Son mis amores;
Yo busco en todas partes
Niñas y flores.
Mas me entristecen;
¿Cómo no? Si me seco
Cuando ellas crecen!

V.

Hay en tus ojos azules
La transparencia del lago,
Y siento al mirarme en ellos
Un indefinible encanto.
Si mañana, como anuncian,
Reflejan el Oceano,
¡Dios tenga, querida niña,
Piedad de los pobres náufragos!

VI.

Casarte conmigo quieres,
Y ahora empiezas á crecer!.....
Si alguna vez resucito,
Veremos si puede ser!

VII.

Cuando una niña encuentres
En tu camino,
Que no tenga ni madre,
Ni pan, ni abrigo,
Abrazada á la tuya
Piensa un momento
Que los bienes del mundo
No son eternos!

VIII.

Fotógrafo inimitable
Es, niña, mi corazón;
Retrato que él ilumina,
Ya puede ponerse al sol.

IX.

No te disculpes, niña,
Si rompes la muñeca;
Igual que tú los grandes
Las rompen con frecuencia.
Averiguar pretenden
Lo que se oculta en ellas,
Y hasta que ven la estopa
En su labor no cesan.
Yo he roto muchas..... tantas
Que ya no tengo entera
Más que una, que se nombra
La vida..... ¡la más fea!

X.

Mariposa es mi labio
Y el tuyo busca;
No te abaniques, niña,
Porque la asustas.

XI

En las heladas noches
Del triste invierno,
¿Sabes tú lo que á veces
Me quita el sueño?
Pensar en esas niñas
Flacas y hambrientas
Que se duermen cantando
Sobre las piedras.

XII.

No llores si me abrazas
Acaso por vez última;
Y así como se unieron
Tu afecto y mi ternura,
Hagamos que al besarse
Un punto se confunda
Con mi cabeza calva
Tu cabecita rubia.

MANUEL DEL PALACIO.



LAS ROSAS.

¡Es tan lindo el color de las rosas, y su aroma tan delicioso, que, si por mi fuese, toda la tierra estaría únicamente cubierta de rosales!—decía un niño.—¡Cuántas espinas en el invierno!—le contestó un anciano.



Dos orientales ensalzaban las maravillas de la creación, y convenían en que la naturaleza no tiene adorno, ni encanto, ni primor comparable á la rosa. Después hablaron del cuerpo humano, que también les parecía digno de admiración, aunque le encontraban defectos muy graves.

—Se me alcanza—dijo uno de ellos—que tenemos necesidad de los ojos para ver; y se me alcanza también la grande hermosura de los ojos; pero yo creo que el cuerpo del hombre ganaría mucho suprimiéndole su indecorosa nariz.

—Yo te diré—le contestó el otro; la piedad suprema de Alá se muestra precisamente en ella. Inventó la nariz después de haber sentido lo bien que oían las rosas.



En todos los tiempos los poetas han cantado á la rosa, y sus versos se han aromatizado con su esencia. Es que en todos los tiempos ha sido mensajera del Amor.

No hay una sola mañana de primavera ó de estío en que no caigan de los balcones muchas rosas arrojadas por lindas manos.

Cuando veis á una mujer joven asomarse al balcón, buscar con la vista la mejor de las rosas que centellean entre los hierros, extender la mano hacia una de ellas, y dudar antes de arrancarla de sí aquella es la más fresca, la más ufana, la más encantadora de todas.... ¿podéis dudar de que aquella mujer esté enamorada?



¡Oh juventud, ó edad en que las rosas no tan sólo tienen color y olor, sino en que también hablan sólo tú puedes comprender el lenguaje de las rosas!

Al entrar en tu cuarto, y al abrir la puerta oyes una voz dulcísima que te dice: «Aquí estoy, amor mío, lejos de ti; pero siempre junto á tu corazón, por el recuerdo! No dudes jamás de mí cariño ni de que mi pensamiento es tuyo desde la mañana hasta la noche, y luego también en sueños: no dudes, no, de que sabré vencer por tí todos los obstáculos y peligros, y seré tuya, y sólo tuya, contra la voluntad de mis padres y del tiempo y del mundo!.... ¡Sólo tú, nada más que tú, tú siempre llenas mi corazón!.... ¡Piensa en mí también, no me olvides; ámame, bien mío, como yo te amo!»

Y en el cuarto no hay nadie, y la voz dulcísima se difunde entre deleitosísimos aromas. ¡El alma de la mujer amada es aquel aroma: el eco de su voz es aquella música!....

Pero alguien hay; alguien.

En un vaso de cristal hay una rosa. Ella es quien habla.

¡Mortales, inclinaos ante ese vaso como ante una custodia!



En el catálogo de un jardinero he visto clasificadas hasta tres mil variedades de rosas. Y cada día se aumenta el número, porque cada día entre las rosas—como entre los hombres—se confunden más las clases.

Pero algunos botánicos ilustres dicen que todas las especies de rosas vienen de una sola; que sin duda en los primitivos tiempos hubo un rosal nada más.

Esto fué cuando sólo vivían Adán y Eva. Con un rosal tenían bastante para los dos; para las coronas de flores que ella le tejía, para los *bouquets* que él la regalaba.

Era un rosal de rosas de color de rosa. Si dió rosas de otro color, se debió al mal comportamiento de Adán con Eva. Durante el primer año de amores, Adán regalaba todos los días un ramito á su compañera; pero luego se fue olvidando de este delicadísimo detalle. El primer día creyó Eva que era un olvido; el segundo, que el rosal no habría dado rosas; y en el tercero, fué al rosal para convencerse de que no las había dado.... ¡El rosal estaba florido y maravilloso como nunca! Eva lloró mucho sobre él, y las ramas sobre las cuales cayeron sus lágrimas no dieron ya sino rosas amarillas.



¡Ah! desde el tiempo de Adán se cultivó de las rosas la progresado mucho. Progresar, para las rosas, es sufrir.

Hemos querido tener rosas en todas las estaciones; hemos forzado á la Naturaleza. ¿Sería tolerable que la Duquesa de Valfrio y la Condesa de las Nieves no tuviesen rosas á millares para revestir sus salones y aparadores y rinconeras en sus fiestas de invierno?... ¿Se puede bailar sin pasar antes por una habitación festoneada de rosales de los Alpes ó de cien hojas, ó de musgo, ó de la China, ó de Inglaterra? ¿Puede haber mesa de Navidad sin rosas, ni pueden los elegantes asistir sin una rosa en la solapa de frac á los bailes de máscaras?

Así, pues, cuando llega el nublado Octubre, los pobres rosales son arrancados de la madre tierra; metidos en tiestos; llevados á las estufas; cubiertos con esteras, calentados artificialmente; se les ahogará, se les asfixiará, y los pobres reventarán en flores, derrochando su vida, dando una rosa por cada dolor que el hombre codicioso les impone. Producir mucho en poco tiempo, este es el problema: no se salvarán de esta ley las rosas, como no se salvan los hombres. ¡Dichosas vosotras, rosas del campo! ¡vosotras podéis vivir despacio todo lo que Dios quiera: las rosas de los jardines viven de prisa y sólo mientras le producen al jardinero!

No hace mucho tiempo entré en casa de cierta señora que tiene una linda niña y un precioso rosal. Estaba plantando el rosal en un tiesto lleno de tierra muy sustanciosa, y sus lindas manos mezclaban esta tierra con estiércol bien repodrido, regándola después con agua caliente,—y al mismo tiempo conversaba con tres ó cuatro profesores de su hija y les decía: «Es preciso que impongan ustedes más horas de estudio á la niña. ¡Quiero que sea pronto, muy pronto, una notabilidad!»

¡Así, de esta manera, las rosas luego nacen ya lacias, y al más ligero soplo sueltan los pétalos sin olor y descoloridos: así, las niñas son mujeres reducidas que todo lo saben, menos sentir, amar y hacer dichosas!



Hemos inventado tantas rosas magníficas, que las rosas vulgares ya no tienen cuenta, sino mil hojas. Así es que los hombres delicados buscan las rosas de los bosques; esas que sólo tienen media docena de pétalos fresquíssimos, pero coronados de algunas tembladoras gotas de rocío.

¡La rosa primitiva; la rosa del primer rosal, no martirizada ni explotada, como Dios la encontró buena cuando la hizo, que no figura en las exposiciones, esa es la única, la verdadera rosa;—la rosa emblema de la Virtud y de la Felicidad!



¡Desgraciada del viejo que al revolver los libros de su biblioteca no encuentra entre las páginas alguna hoja de rosa seca!



Las ilusiones son rosas

FERNANFLOR.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO.)

PRECIOS EN MADRID.

DE D. JUAN VALERA.

- * **Pépita Jiménez.**—Un tomo en 16.^o—2,50 pesetas.
- * **El Comendador Mendoza.**—Un tomo en 16.^o—2,50 pesetas.
- * **Las Ilusiones del doctor Faustino.**—Dos tomos en 16.^o—3 pesetas.
- * **Doña Luz.** (Segunda edición.)—Un tomo en 16.^o—Pesetas 2,50.
- * **Pasarse de listo.** (Tercera edición.)—Un tomo en 16.^o—Pesetas 2,50.
- * **Cuentos y diálogos.** (Primera edición.)—Un tomo en 16.^o—Pesetas 2,50.
- * **Algo de todo.**—Un tomo en 16.^o—2,50 pesetas.
- * **Poesía y Arte de los árabes en España.**—Tres tomos en 16.^o—3 pesetas.
- * **Disertaciones y juicios literarios.**—Dos tomos en 16.^o—6 pesetas.
- * **Dafnis y Cloe, por un aprendiz de leonista.**—Un tomo.—3 pesetas.

DE D. JOSÉ SELGAS.

- * **Escenas fantásticas.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pesetas.
- * **Un Retrato de mujer.**—Un tomo.—2,50 pesetas.
- * **El Mundo invisible.**—Un tomo, 8.^o mayor.—4 pesetas.
- * **Hechos y dichos.**—Un tomo.—3 pesetas.

DE D. EMILIO CASTELAR.

- * **Recuerdos de Italia** (Primera parte).—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.
- * **Recuerdos de Italia** (Segunda parte).—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.
- * **La Rusia contemporánea.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pesetas.
- * **Las Guerras de América y Egipto.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.
- * **Europa en el último trienio.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.
- * **Historia de 1853.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.
- * **Historia de 1854.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

DE D. PEDRO A. DE ALARCÓN.

- * **Amores y amores** (Historias en prosa y verso).—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pta.

DE D. RAMÓN DE CAMPOAMOR.

- * **Nuevos pequeños poemas.**—Un tomo.—4 pesetas.
- * **Doloras y cantares.**—Un tomo.—7 pesetas.
- * **Los Buenos y los sabios.**—Un tomo.—2 pesetas.
- * **El Amor y el Río Piedra.**—Un tomo.—2 pesetas.

DE D. ANTONIO DE TRUJILLA.

- * **Mari-Santa.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.
- * **Nuevos cuentos populares.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pesetas.
- * **De flor en flor.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pesetas.

DE D.^a MARÍA DEL PILAR SÍMUEZ.

- * **La Vida íntima. — En la culpa va el castigo.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.
- * **La Abuela.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

NOTA. De todos los títulos de la Biblioteca hay ejemplares encuadernados, con un aumento de 1, 1,50 ó 2 pesetas por volumen.

OTRA. Los títulos marcados con * no pertenecen a la Biblioteca, pero pueden adquirirse pidiéndolos a nuestra Administración, Alcaá, 23, principal, Madrid.

El Sol de invierno.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

La Senda de la gloria.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

DE D. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS (*El Curioso Parlante*).

Panorama matritense (Primera serie de las Escenas), 1832 a 1835.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

Escenas matritenses (Segunda serie), 1835 a 1842.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

Tipos y caracteres, bocetos de cuadros de costumbres, 1843 a 1852.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica, de 1840 a 1841.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

El Antiguo Madrid, pincos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa.—Dos tomos, 8.^o mayor francés, con varios grabados.—8 pesetas.

Memorias de un Setentón, natural y vecino de Madrid.—Dos tomos, 8.^o mayor francés.—6 pesetas.

DE D. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

Venturas y desventuras, colección de novelas.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

* **Disquisiciones nauticas.**—(Un tomo, 8.^o mayor francés.—6 pesetas.

* **La Mar descrita por los mareadores** (*Artes disquisiciones*).—Un tomo, 8.^o mayor francés.—6 pesetas.

* **Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos,** libro II de las *Disquisiciones nauticas*.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—6 pesetas.

* **Los Ojos en el cielo,** libro IV de las *Disquisiciones nauticas*.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—6 pesetas.

* **A la mar, madera,** libro V de las *Disquisiciones nauticas*.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—6 pesetas.

* **El Arca de Noé,** libro VI de las *Disquisiciones nauticas*.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—6 pesetas.

* **Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado.**—Cuatro volúmenes de 600 páginas, en 4.^o—7,50 pesetas cada tomo.

* **La Armada invencible** (tomo I).—Un volumen de 630 páginas, 8.^o mayor.—7 pesetas.

* **El Gran Buque de Osuna y su marina.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—7 pesetas.

* **Colón y la Historia póstuma.**—(Obra escrita por encargo de la Real Academia de la Historia).—3 pesetas.

* **La Conquista de las Azores.**—Un tomo 8.^o mayor francés.—7 pesetas.

DE D. MANUEL DEL PALACIO.

Letra menuda.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pesetas.

* **Fenta verde.**—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pesetas.

DE D. EUSEBIO BLASCO.

Malas costumbres.—Apuntes de mi tiempo.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pta.

DE D. ANTONIO FLORES.

* **Ayer, hoy y mañana, ó La Fe, el vapor y la electricidad.**—Cuadros sociales de

1800, 1850 y 1890.—Seis tomos en 8.^o—3 pesetas cada tomo.

DE D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA.

El Tren directo.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pesetas.

DE D. JOAQUÍN SÁNCHEZ DE TOCA.

El Matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Académico Sr. D. Anselmo Fernández Guerra.—Edición reformada. Dos tomos, 8.^o mayor francés.—8 pesetas.

DE D. ANSELMO FUENTES.

Cuarenta siglos. Historia útil a la generación presente. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pesetas.

DE D. RAMÓN DE NAVARRETE.

Sueños y realidades.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

DE D. NARCISO CAMPILLO.

Una Doceña de cuentos, con un prólogo de D. Juan Valera.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

DE D. JOSÉ FERNÁNDEZ BRIMÓN.

Cuentos.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pesetas.

DE D. EDUARDO BUSTILLO.

El Libro azul, novelitas y bocetos de costumbres.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pesetas.

DEL DUQUE DE RIVAS.

La Leyenda de Míxem II.—El Capitán Morgán.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—3 pesetas.

DE D. JULIO MONREAL.

Cuadros viejos, colección de pinceladas, bocetos y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

DE D. VENTURA HIDALGO.

Adriana de Wolsey, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer.—Un tomo, 8.^o mayor francés.—4 pesetas.

DE D. TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA.

* **Colón en España.**—Un tomo en 4.^o—4 pesetas.

VARIOS AUTORES.

Album poético español, por los señores Marques de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Caldeño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nómez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcón, Trucha, Hurtado y Duque de Rivas.—Un tomo, 4.^o mayor.—12 pesetas. Injósamente encuadernado.

* **El Bazar,** revista literaria ilustrada. En su primera parte está impresa la novela *La Fe del amor*, original de D. Manuel Fernández y González, y en la segunda se puede leer intermala más popular y trascendental novela del insigne Víctor Hugo, titulada *Noréna y tres*, con ilustraciones artísticas notabilísimas.—Cuatro tomos.—26 pesetas.

Manual de la Moda Elegante—Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demás labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas. (Tercera edición, revisada y aumentada, con láminas en cromó.)—4 pesetas en rústica, y 5,50 encuadernado.

